SERAFIN J. GARCIA



El totoral

"EL TOTORAL"

(RECUERDOS DE MI INFANCIA)

SERAFIN J. GARCIA

"EL TOTORAL"

(RECUERDOS DE MI INFANCIA)

AUTORIZADO COMO LIBRO DE LECTURA PARA LAS ESCUELAS PUBLICAS POR EL CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y NORMAL

TERCERA EDICION

EDITORIAL
MOSCA HNOS. S. A.
1970

Dedico con entrañable cariño este libro a Blanca Elma González de García, mi esposa, que me sugirió la idea de escribirlo, y cuyos propios recuerdos infantiles, unidos a los míos, sustentan la mayoría de sus páginas.

S. J. G.

Montevideo, 1966.

INTRODUCCION

Cuando yo era niño, solía pasar largas temporadas en la estancia "El Totoral", de don Gumersindo Silva, situada sobre la costa del arroyo Otazo.

El edificio era un antiguo caserón de piedra, con techo revestido de tejas coloniales y un gran patio lleno de plantas de diversas especies, en cuyo centro se destacaba el hondo aljibe, de brocal adornado con hermosos azulejos.

En lo que atañe al paisaje, confieso que me subyugó desde el primer momento con sus espléndidas e innumerables bellezas naturales.

Diez personas vivían en el establecimiento. Y había tal armonía y unión entre patrones y empleados como si se tratara de una familia única y ejemplar.

Integraban aquel excelente núcleo humano, además de don Gumersindo y de doña Ramona, su esposa, el capataz Marcial Umpiérrez y la suya, Luisa, la hija de ambos, Blanquita, mi inolvidable compañera de andanzas, los peones Fausto Ruiz, Sebastián Fleitas, Ruperto Clavijo y Pedro Caraballo, y finalmente la buena negra Encarnación Pereira, que atendía el lavado y la cocina.

Con los recuerdos de aquella época, tan feliz como lejana, se han nutrido estas breves y sencillas crónicas, que ofrezco a los niños ciudadanos de mi país con la esperanza de que, a través de ellas, puedan tener una idea aproximada de cómo se vivía en una estancia uruguaya durante las primeras décadas del siglo veinte, de los trabajos, costumbres y diversiones de los campesinos de entonces, de muchas de las principales características de nuestra flora y fauna y, sobre todo, de la inteligencia y capacidad de observación de los paisanos (que ejemplifica Fausto Ruiz) y de la nobleza de sentimientos, bondad, ternura y esparcido amor, que suelen florecer en el alma pura de los niños del campo, como lo demuestra a cada paso Blanquita, la pequeña protagonista de muchos de estos relatos.

S. J. G.

Montevideo, 1966.

L A Y E R R A

Cuando llegué por primera vez a la estancia "E Totoral", no se hablaba allí de otra cosa que de la próxima yerra. El júbilo resplandecía en todos los ojos masculinos ante la grata perspectiva de intervenir en ella. Porque pese a constituir un trabajo agotador, rudo y hasta peligroso, la yerra significa una verdadera fiesta para los hombres del campo.

El tan anhelado día se hizo presente al fin. Ya desde antes de apuntar el alba se advertía en el establecimiento una febril y rumorosa actividad de colmena. Las mujeres iban y venían en ajetreo continuo, preparando los sabrosos pasteles de natilla, las empanadas, los rosquetes almibarados y las infaltables albóndigas con pasas de uva y picadillo de carne dulce. Y de todo el contorno acudían vecinos alegres y dicharacheros, dispuestos a demostrar sus habilidades en la viril faena.

—Vamos a trabajar a la manera antigua, a campo abierto, muchacho —me dijo don Gumersindo, el patrón, que era un entusiasta cultor de nuestras tradiciones—. Estoy seguro de que el espectáculo te gustará.

Me prestaron un petiso colorado, manso y dócil, para evitarme riesgos, y partí con ellos, radiante de alegría.

Era una espléndida mañana de otoño. El sol hacía brillar sobre los pastos las irisadas gotitas del rocío y cruzaba el espacio un incesante revoloteo de pájaros.

Cuando llegamos al potrero donde se iba a realizar la yerra, ya habían parado rodeo los peones. El ganado giraba prisionero en un movedizo círculo de jinetes diestros y avizores, que le cerraban hábilmente el paso a cada intento de fuga. A cierta distancia brillaban las grandes hogueras donde se calentaban las marcas.

Los hombres desataron los lazos que llevaban sujetos a los tientos del recado y empezaron su labor. Con admirable precisión caían las sogas sobre el pescuezo o los cuernos de las chúcaras reses, que al verse separadas del rodeo echaban a correr desaforadamente. Y entonces los pialadores a su vez, valiéndose de lazos cortos, pero también manejados con singular maestría, les amarraban las patas delanteras haciéndolas caer suavemente, sin ocasionarles el más mínimo daño. Una vez caído el animal aparecían los "apretadores", cuya misión consistía en manearlo y quitarle después el lazo, a fin de que el pialador prosiguiera su faena. Cuando llegaban los "marque-

ros" con su hierro al rojo blanco, no encontraban ninguna dificultad para aplicarlo en el flanco de la res así inmovilizada.

El trabajo se efectuaba entre pullas, gritos y estrepitosas risas. Se aplaudían sin reservas las proezas del paisanaje y se hacía mofa amistosa de cualquier maniobra poco afortunada.

Algunos hombres silbaban milongas o estilos de rústica simplicidad. Otros acompañaban su tarea con versitos festivos, algunos de los cuales recuerdo todavía. Fausto Ruiz, el viejo peón de quien tanto habría de aprender yo durante mi estadía en la estancia, repitió muchas veces las siguientes cuartetas:

> Tan hondo llevo tu marca
> que nunca se ha de borrar,
> y en yerras de amor, ninguna
> me habrá de contramarcar.
>
> A pialar en una yerra
> ni el más ducho me ganó.
> Quise pialar tu cariño...
> ¡y el lazo se me cortó!

Así, entre cantos, bromas y maliciosos retruécanos, fueron cumpliendo la dura pero grata labor aquellos hombres recios, de músculos potentes y piel curtida por el sol y por los vientos ásperos del campo.

Yo me sentía tan contento, que hubiera querido que la yerra no terminase nunca.

Al regreso nos aguardaban en "las casas" los manjares tradicionales, sabrosísimos todos. Y cuando me dormí por la noche, abrumado de sueño y de cansancio, lo hice entre rasgueos de guitarra y resoplidos de acordeón, pues acababa de iniciarse el baile.



E L   T O R D O

Blanquita era para los animales pequeños o desvalidos una especie de hada milagrosa. Y cuantos tenían la suerte de encontrarla vivían en el mejor de los mundos, pues la niña les prodigaba toda clase de cuidados con una paciencia inagotable y una ternura realmente conmovedora.

Si algún peón volvía del campo con un cordero o ternerito sin madre, ella lo tomaba a su cargo de inmediato; suplía la ubre materna con biberones solícitamente preparados; le hacía mullidas camas con lana o pasto seco; le hablaba y lo acariciaba como si se tratara de un niño igual que ella. Y de idéntico modo procedía con cualquier animalito desamparado, así fuera doméstico o silvestre.

Cuando Blanquita andaba por el patio solían seguirla, disputándose su atención y sus caricias, una humilde y silenciosa mulita, un lechoncillo vivaracho y glotón, un chajá que aleteaba de gozo cada vez que la veía, y muchos otros representantes de las más variadas especies.

Yo me embelesaba contemplando el espectáculo, realmente encantador, que ofrecía aquella niña dialogando con sus gauchitos, como ella les decía, y reci-

biendo las demostraciones de gratitud y afecto que todos se empeñaban en brindarle, cada cual a su manera.

Al promediar un cálido diciembre, apareció por los alrededores de la estancia una pareja de chingolos, seguida de sus pichones, que ensayaban ya el vuelo. Pero entre éstos había un polluelo de tordo, pájaro que, como es sabido, no incuba sus huevos sino que los pone subrepticiamente en nido ajeno, para que allí le empollen y le críen los hijos. El hornero, el benteveo, el chingolo, suelen ser víctimas de esta aberración de la naturaleza. Sobre todo el último, sin duda porque cuida y alimenta los pichones de tordo como si fueran propios.

Cierta mañana, mientras Blanquita diseminaba por el patio miga de pan y pedacitos de sebo —a fin de que el casal de marras pudiera satisfacer el apetito de su tragón hijo adoptivo, que se pasaba el día entero con el pico abierto, reclamando comida—, uno de los gatos de la estancia, en salto preciso y ágil, atrapó al pequeño tordo, cuyo vuelo era todavía lento y torpe.

Al punto corrió la niña a rescatarlo de entre las zarpas del félido, y luego de restañarle las heridas consagróse por entero a su cuidado.

El pajarillo chillaba desaforadamente al principio y esforzábase por darle picotazos en las manos; pero poco a poco se fue habituando a sus mimos y

caricias, a sus palabras dulces, al calor de su regazo. Y al cabo de pocos días iba él mismo al encuentro de Blanquita, apenas la veía acercarse, y con el pico desmesuradamente abierto y las alas temblorosas de júbilo recibía el alimento que ella le llevaba.

Transcurrió el tiempo. El tordo, al crecer, poníase cada vez más hermoso. Su plumaje, que al principio era de color pardo desleído, turbio, adquiría gradualmente un tinte más intenso y vívido, que se irisaba al contacto con la luz solar. Llegó a tornarse negrísimo, pero de un negro luminoso, con destellos que por momentos tenían esa cambiante matización de los azules profundos. Los ojos, también muy negros, irradiaban de continuo una alegría traviesa y retozona. El pico, corto y recio, oprimía suavemente, en un jugueteo tierno de caricia, los deditos de su dueña. Y las alas, que habían alcanzado ya su plena dimensión y su total destreza, no rebasaban sin embargo el ámbito del patio, donde el ave conformábase con revolotear en torno de la niña.

Un día, como queriendo probar a fondo sus fuerzas, se remontó muy alto, anduvo largo rato girando en el espacio, y luego bajó a posarse sobre un árbol.

—¡Chirrín! ¡Chirrín! — llamóle Blanquita, que gustaba poner a sus animalitos nombres onomatopéyicos.

Y el tordo, repitiendo aquel nombre en su sencillo pero alegre canto, descendió y fue a picotear mimosamente el hombro de su dueña.

Otra vez voló tan lejos que se perdió de vista. Llegó la noche y no había retornado. Al día siguiente tampoco apareció. Sin embargo Blanquita lo seguía esperando, segura de su regreso.

—No volverá jamás, no seas ingenua — le decía yo.

—Pues ya verás como vuelve, descreído. No puede ser tan ingrato. Además, él sabe bien que aquí no está prisionero y que puede marcharse cuando quiera.

Tenía razón mi amiguita. Una tarde se detuvo en la arboleda del huerto una bandada de tordos. Y de ella se separó "Chirrín" al oir el llamado de la niña, para ir de nuevo a posarse, jugueteando, en el hueco acogedor que le ofrecían sus manos extendidas.

E L   P I T A N G U E R O

El arroyo que cruzaba próximo a la estancia estaba marginado por un monte ancho y espeso, donde convivían las más variadas especies de la flora aborigen.

Todos los árboles de aquel espléndido monte, en mayor o menor grado, prestaban utilidad y contribuían a alegrar la vida de los hombres que trabajaban en el establecimiento, los cuales, por su parte, sabían también valorarlos y apreciar las cualidades específicas de cada vegetal.

El viraró y el coronilla, el ñandubay y el quebracho, brindaban su durísima madera para postes de alambrados y empalizadas de corrales, o para los trashogueros chisporroteantes que sostenían el fuego en el invierno; el ceibo y el plumerillo rojo ofrecían la llamativa belleza de sus flores; el arrayán esparcía en primavera la fragancia sin par de sus corimbos blancos y el espinillo la de sus redondas borlitas color sol; el chalchal y el cambuy atraían a los pájaros cantores con el tentador regalo de sus frutos; el sauce criollo y la palmera chirivá proporcionaban, respectivamente, varas y ripias para techos y paredes

rústicas. Y así cada uno aportaba lo suyo al bienestar material o a las espirituales apetencias humanas.

Pero el favorito entre todos era el pitanguero, por ser útil y grato cuanto de él procedía; su leñosa madera, de corteza veteada y compacta hebra amarilla, que daba brasas fuertes y durables; sus oblongas hojas, de un verde alegre y brillante, que en primavera matizaba el rojizo color de los renuevos, y con las cuales se preparaba una infusión muy digestiva, de aroma y sabor gratísimos; sus menudas y graciosas flores blancas, de delgados pistilos y de largos estambres, donde se doraban de polen las abejas; y en especial sus frutos —negros o rojos, lisos o estriados, según la variedad a que pertenecieran, entre las tres o cuatro que subdividen esa especie vegetal—, considerados los más sabrosos y dulces que brinda el monte indígena.

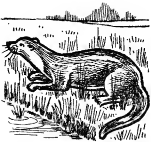
Durante el mes de diciembre, que es cuando maduran las pitangas —o ñangapirés, como les llaman en el norte uruguayo—, la gente de la estancia organizaba excursiones dominicales con el fin de disfrutar a sus anchas de aquel preciado don de la naturaleza, más apetecible aún por ser demasiado breve su tiempo de sazón.

En el carrito de pértigo viajaban las mujeres. Don Gumersindo, el capataz Umpiérrez y los peones, iban a caballo. Yo trotaba en mi petiso colorado, que

no se separaba un instante del lobunito criollo del viejo Fausto Ruiz

Acampábamos en un abra del monte, y no bien empezaba a humear el fuego donde se calentaría el agua para el mate, y se doraría después el infaltable asado, ya andábamos Blanquita y yo trepándonos a las más altas ramas de los pitangueros, con temeraria avidez, entre un escandalizado revoloteo de pájaros y de avispas, que habían acudido también, igual que nosotros, a darse un buen hartazgo de pitangas. Aunque en verdad lo de hartazgo es un decir tan solo, pues por muchas pitangas que se ingiera siempre se siente deseos de seguir saboreándolas, ya que su fresco y delicioso jugo no empalaga jamás.

Muchas otras frutas ofrecíanos aquel monte nutrido y generoso: el rezumante butiá de las palmeras, el oloroso y sápido arazá, el cambuy renegrido y astringente, las purpurinas bayas del chalchal, el mburucuyá de corteza de oro y entrañas de rubí; pero ninguna como aquellas pitangas cuyo zumo nos manchaba las manos y la boca, dejándonos por largo rato en la lengua un agreste sabor incomparable.



L A N U T R I A

Cuando Fausto Ruiz la llevó a la estancia era tan pequeña aún, que cabía en el hueco de su mano.

Mi amigo habíala encontrado en las inmediaciones del sucio y ancho estero, lleno de peligrosas ciénagas, que se extendía en uno de los extremos del campo, y donde las aguas quietas y los islotes de rica y tierna vegetación favorecían el desarrollo de la especie.

Sin duda había quedado rezagada allí, mientras sus padres huían de los perros o de algún otro enemigo natural, y trataba afanosamente de ocultarse dentro de un ralo albardón de juncos y espadañas.

Viéndola desamparada y débil, incapaz todavía de afrontar por sí sola los innumerables peligros del estero, y pensando que si la dejaba librada a su suerte en tales condiciones, tal vez se moriría, Fausto tuvo pena de ello. Y entonces resolvió llevársela a Blanquita para que la criara.

No podía habérsele ocurrido una solución mejor, ya que la niña, con su inagotable caudal de bondad y de ternura, consagróse por entero al cuidado del pequeño roedor.

Durante los primeros días le costó muchísimo trabajo alimentarlo. Apenas se le aproximaba, el animalito erguíase sobre sus patas traseras e instintivamente procuraba morderla, erizando los largos bigotes, gruñendo en forma amenazadora y poniendo en descubierto los curvos y afiladísimos dientes.

Ella insistía con paciencia infinita, prodigábale dulces epítetos, intentaba una y otra vez acariciarle el lomo hirsuto, enseñarle a chupar la mamadera, colocarle en la boca, con sus propias manos, las hojas de lechuga o repollo, los trozos de zapallo, las rodajas de papa o zanahoria.

Poco a poco la nutria se fue habituando a su voz y su presencia. Y al cabo de tres o cuatro semanas, la agresividad inicial había dado paso a una completa mansedumbre.

De tan admirable manera llegó a familiarizarse con Blanquita el roedor, luego de concluído el proceso de domesticación, que apenas la veía acercársele comenzaba a corretear de un lado a otro, jugueteando alegremente y emitiendo chilliditos de gozo para darle en tal forma la bienvenida.

Después echaba a andar tras ella, bamboleándose cómicamente sobre sus cortas patitas. La seguía a todas partes como si fuera su sombra. Y cuando sentía hambre, mordisqueábale suavemente los tobillos para que le diera de comer. Entonces la niña iba

a pedirle a Encarnación legumbres u hortalizas que el animalito, fiel a los imperativos de su instinto, llevaba hasta el estanque para engullirlas con fruición allí, entre zambullida y zambullida.

Transcurrió el tiempo. La nutria, bien cuidada y mejor alimentada, creció hasta hacerse adulta y convertirse en un magnífico ejemplar de la especie. Su cuerpo, no mayor que el de un gato, aunque mucho más ancho, lucía una pelambre nutrida y suave como la seda, de un tenue color marrón con finísimos reflejos blanquecinos. La cabeza, acentuadamente roma, surgía de un cuello corto y grueso, y la cola, chata y de movimientos torpes, arrastrábale penduleando al caminar.

Cuando llegó la primavera, empezó a tornarse inquieta y malhumorada, cosa que originó a Blanquita una gran preocupación.

—Quiere volver al estero — explicóle Fausto cuando ella le consultó acerca de aquel extraño cambio—. Necesita formar su nido y tener hijos, como todos los seres.

Y entonces la niña, sobreponiéndose a la pena que tal resolución le producía, se la entregó para que la reintegrara a su lugar de origen.



E L B O Y E R O

Todas las mañanas, al rayar el alba, me despertaba el canto de aquel desconocido pájaro madrugador, que anticipándose a las demás aves del cercano monte, brindaba su saludo musical al día recién nacido.

Era ese canto una especie de silbo dulcísimo, más grave que el del zorzal y menos repicado que el de la calandria. Asemejábase al son de una rústica flauta pastoril, o, para ser más exactos, al sonido melancólico de las quenas indígenas. Pero no obstante el dejo de tristeza que lo caracterizaba, producía optimismo y bienestar. Oyéndolo, se sentía uno más apegado a la tierra y a la vida.

—¿Qué pájaro es ése? — le pregunté a Fausto Ruiz, el viejo peón amigo que me acompañaba en mis andanzas por el monte, revelándome con paciente bondad sus múltiples secretos.

—Es un boyero —me respondió—. Yo sé donde tiene el nido. Te llevaré luego a verlo, si me prometes estarte quieto y no hablar, porque se trata de un pájaro sumamente arisco.

Y fiel a su palabra, como siempre, me condujo esa tarde por los sinuosos caminitos del monte, que

sólo él conocía, hasta la orilla mismo del arroyo. Bordeando luego el cauce, llegamos a un lugar de acceso dificilísimo, donde la alta barranca marginal, cortada casi a pico, desaparecía prácticamente bajo la rojiza maraña de los sarandíes, que descendían trenzando sus raíces hasta hundirse en el agua. Nos sentamos sobre un gajo horizontal, junto al ribazo, y permanecimos inmóviles durante largo rato. De tanto en tanto, advirtiendo mi impaciencia, Fausto me tranquilizaba con su amical sonrisa y un gesto que quería decir: "No te inquietes que ya pronto vendrá".

Y así fue, en efecto. Su brazo me señaló de pronto un pájaro llegado no sé cómo ni de dónde, que revoloteaba entre la fronda espesa, muy próximo a nosotros. Era más o menos del tamaño de un tordo, y negro como éste, pero tenía los bordes del pico y los extremos de las alas amarillos. Dando ágiles saltitos, iba de una a otra rama con visible inquietud, mientras sus vivaces ojillos escudriñaban sin cesar el contorno. Finalmente se detuvo y comenzó a silbar de un modo tenue, apenas perceptible.

—Llama a su compañera — me susurró Fausto al oído.

Confirmando sus palabras, un trino similar surgió de entre las ramas de abajo. El índice del peón orientó mis miradas hacia el lugar exacto de donde

el nuevo silbo procedía, mientras su voz, como un soplo, tornaba a susurrarme:

—Ahora verás lo mejor.

Y fue entonces cuando advertí, entre lo más compacto del ramaje, un nido de singularísima hechura, primorosamente trenzado con cerdas y con "barbas de palo", que pendía de flexible gajo, a un metro escaso del agua. Era, por su forma y longitud, muy semejante a una media de mujer, de color gris, a la que se hubieran olvidado de tejerle el pie. El borde superior dejaba ver apenas la cabeza del ave que a él se había asomado.

El primer boyero fue descendiendo a saltos cautelosos, y cuando estuvo junto al nido su compañera se internó en éste para darle paso. El penetró a su vez, y la abertura de la original vivienda se cerró detrás suyo cual si tuviera puerta. Yo estaba maravillado por todo lo que había visto.

De regreso a la estancia, Fausto me iba explicando con su voz grave y calmosa, mientras nos envolvía dulcemente el crepúsculo:

—¿Te diste cuenta, muchacho? La hembra permanece en el nido porque tiene huevecitos y los está incubando. Mientras tanto, el macho se encarga de vigilar el contorno y de traer alimentos a la futura madre. No hay peligro de que los animales del monte

lleguen hasta esa curiosa bolsa que les sirve de hogar, puesto que ellos, precavidos por instinto, la han colgado de una rama muy fina y a poca altura del agua. Pero de todos modos el jefe de familia se mantiene siempre alerta. Es además un pájaro muy valiente y hasta se juega la vida, si el caso lo requiere, por defender la compañera y los hijos.

—¿Y por qué no canta de tarde como lo hace de madrugada?

—Porque su misión es la de anunciar y recibir el día. La despedida de la luz está a cargo del zorzal. Cada uno cumple lo suyo aquí en el monte.

Yo manifesté deseos de poseer un pichoncito de boyero. Pero me hicieron desecharlos estas sensatas palabras de mi amigo:

—Los boyeros son muy escasos y hay que dejarlos en libertad para que no se extinga la especie. Además, en la jaula, rara vez sobreviven. Y si lo hacen, ya no cantan tan lindo como en el monte. Porque los pájaros, como los hombres, necesitan de la libertad para vivir dichosos y contentos.

LOS ALAMBRADORES

—¿Cuánto tiempo le demandará su trabajo, amigo Ladislao? No olvide que tengo apuro, pues dentro de dos meses debo repoblar el campo.

—Ese es justamente el plazo que necesito. Mis hombres son rendidores y sabrán responder si los exijo.

—Manos a la obra, entonces. Puede empezar mañana mismo, si gusta...

Así quedó concertado el compromiso entre don Gumersindo y Ladislao Peralta para renovar los alambrados de la estancia, que empezaban ya a rendir tributo al paso de los años.

Peralta, alambrador con bien ganada fama de diestro y responsable en su oficio, era un hombrón de piel cobriza y de imponente contextura física. Y no le iban en zaga por cierto sus compañeros de trabajo, cinco mocetones fornidos, de ancho tórax y brazos musculosos, hechos como de medida para la ruda tarea que desempeñaban.

Al día siguiente ya estaba la cuadrilla en el monte, escogiendo y cortando a filo de hacha los coronillas seculares, de rojizo cerno, que habrían de

proporcionarles postes bien sazonados, gruesos y durísimos, capaces de resistir durante muchos años la acción de la intemperie. Concluída aquella etapa, y mientras el ardiente sol estival secaba la savia de la noble madera, comprimiendo sus fibras hasta infundirles pétrea solidez, dieron comienzo Peralta y los suyos a la tarea de abrir los hondos y estrechos agujeros en que serían enclavados los postes. Con sus palas de hoja angosta, larga y curva, cavaban en poco rato hoyos profundos, de unos quince centímetros de diámetro —apenas el espacio necesario para que pudiera penetrar el respectivo tronco—, y era tal la destreza con que lo hacían que hubiérase dicho que aquellos pozos de idéntica factura, hábilmente redondeados, eran obra de alguna máquina perforadora más bien que de la mano del hombre. Certera y recta caía la hoja de acero, sin desviarse un milímetro de su objetivo, y la durísima tierra de aquel campo virgen iba formando pequeños cerros junto a cada hoyo abierto.

Uno tras otro fueron irguiéndose luego los pesados postes, mientras los sordos golpes del pisón apretujaban nuevamente la tierra en torno a ellos.

Y llegó entonces el turno a los piques de curupay, llevados desde la barraca del pueblo, conjuntamente con los rollos de alambre galvanizado, en una

enorme carreta que arrastraban cuatro yuntas de bueyes.

Los berbiquíes taladraron con sus finas mechas aquellos listones de madera tropical, venida desde las selvas paraguayas para secundar a nuestros coronillas en la tarea de mantener de pie, a despecho de soles y lluvias, de encontronazos de potros y reses chúcaras, las líneas de los alambrados campesinos. Pasaron a través de aquellos orificios los largos hilos metálicos, y comenzaron las máquinas a estirarlos, entre poste y poste, hasta que se pusieron tensos como cuerdas de guitarra.

Mientras unos hombres cumplían esa parte del trabajo, otros, con las pequeñas llaves de mano, la complementaban atando los alambres a los piques con riendillas del mismo material, cuyas puntas sobrantes cortaban con un golpe seco y rápido.

Pero lo más complicado y lento fue la colocación de los postes esquineros, o principales, pues era en ellos donde habrían de radicar la solidez y duración de las líneas.

Para dotar de una mayor firmeza a esos postes, se enterraron horizontalmente en angostas zanjas, expresamente abiertas al efecto, otros troncos más pequeños —los "muertos", como los llaman los alambradores—, sujetos a los principales por fuertes riendas de alambre grueso y trenzado.

Otro refuerzo se agregó todavía: el de los "peones", palos colocados en forma oblicua y en sentido contrario al de los "muertos", cuya misión es la de apuntalar al esquinero.

Desde el alba hasta la noche trabajaban los seis hombres a ritmo intenso, con un solo intervalo a mediodía para el almuerzo y la siestita fugaz. Durante la rueda de mate previa a la cena hablaban poco, como todos los seres acostumbrados a la soledad. Pero cuando lo hacían valía la pena escucharlos, porque sus palabras revelaban un profundo conocimiento de la naturaleza y de la vida del campo.

—La conversación de esta gente tiene caracú —me dijo cierta vez Fausto, que sentía por ellos gran aprecio.

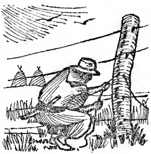
Merced a su esfuerzo constante y sin desmayos, pudieron Peralta y sus hombres terminar el trabajo dentro del plazo fijado.

—Lo felicito sinceramente —dijo don Gumersindo a Ladislao—. Ha demostrado usted ser un criollo de palabra.

Y sin duda aquel elogio franco y espontáneo constituyó para el laborioso paisano la mejor recompensa.

Después marchóse la cuadrilla a cumplir otros compromisos, dejándonos como perdurable recuerdo

largas líneas de alambrados tensos, firmes y prolijos, donde zumbaba con más fuerza la música andariega de los vientos, y donde los horneros construían con mayor confianza sus viviendas de barro, sabiendo por instinto que aquellos postes en que las asentaban habrían de mantenerse enhiestos muchos años.





EL RATON COLORADO

Una mañana de fines de diciembre, cálida y luminosa, Fausto Ruiz resolvió ir al monte a cortar un añoso ceibo, que ya no florecía de tan viejo, y con cuya madera fofa y blanda pensaba construir algunos bancos para la cocina de la estancia.

Blanquita y yo lo acompañamos, radiantes de alegría, saboreando por anticipado las delicias que el matinal paseo habría sin duda de proporcionarnos.

Mientras Fausto abatía con certeros golpes de hacha el corpulento árbol, cuyas ramas casi secas desentonaban entre la vegetación lozana, nosotros correteábamos de un lado a otro tras las mariposas de brillantes colores, los "aguaciles" que surcaban el aire como raudas saetas, o las lagartijas que se escurrían por entre la hojarasca con un ágil y verde centelleo.

Extenuados al fin, nos sentamos a descansar sobre el tronco de un blanquillo que las aguas habían descuajado, y que yacía en posición horizontal a la orilla del arroyo.

De pronto oímos, muy cerca de nosotros, una especie de gimoteo débil e intermitente. Y al echarnos a buscar el origen de aquel rumor extraño,

descubrimos con la consiguiente sorpresa, en un hueco lateral del tronco que ocupábamos, un nido de esos ratones silvestres que las gentes del campo llaman "colorados", aunque en realidad su pelaje es más bien de un color marrón subido, que se acentúa en la parte superior del cuerpo.

Cinco ratoncillos se revolvían gimoteando allí, con los ojos todavía cerrados y el minúsculo hocico husmeando el aire. Era evidente que reclamaban la ubre materna, a la cual estarían succionando tal vez cuando nosotros llegamos.

Pero la madre, al vernos aparecer de improviso, había huído a refugiarse entre la maraña espinosa de un ñapindá cercano. Y desde allí, trémula y azorada, nos miraba con ojos suplicantes, casi humanos en su expresividad conmovedora.

Yo quise aproximarme a los animalitos y apoderarme de ellos para verlos mejor; pero Blanquita, siempre tierna y sensible, me contuvo diciendo:

—Déjalos. Son demasiado pequeños y les puedes hacer daño si los tocas.

Accedí a su pedido, y permanecimos silenciosos e inmóviles los dos, a la espera de los acontecimientos. Entonces ocurrió algo que estábamos muy lejos de imaginar por cierto, y que jamás podremos olvidar. Viéndonos así, en actitud pacífica, la madre aban-

donó su escondrijo, buscó un sitio propicio, y con las "barbas" del mismo blanquillo derrumbado preparó entre aquel malezal ríspido una madriguera provisoria. Después, con gran cautela, se fue aproximando al hueco donde estaban sus hijos. Era tal el miedo que experimentaba, que las cuatro patitas le temblaban como briznas movidas por el viento. Se advertía claramente la lucha entablada entre su amor maternal y su instinto de conservación, y que a la postre acabó con el triunfo del primero.

Una vez que hubo llegado el roedor hasta su nido, y comprobado que allí estaban ilesos los cinco ratoncillos, comenzó a trasladarlos, uno después de otro, hasta la nueva vivienda. Los alzaba en la boca con infinitas precauciones, a fin de que sus agudos dientes no les causaran daño, y sin desviar ni un segundo de nosotros sus ojillos negrísimos, a la vez recelosos e implorantes. Luego echaba a andar paso a paso con su carga, para él preciosa, e iba a depositarla suavemente en el improvisado refugio, lejos de nuestro alcance.

Blanquita y yo, sin movernos, lo contemplábamos con admiración y ternura. Era de forma idéntica a la de los ratones comunes, pero mucho más grande. Su cuerpo se prolongaba en una cola monda, casi tan larga como éste. Su gracioso hociquillo se movía

en un continuo ventear. Y sus brillantes ojitos proseguían atisbándonos sin treguas.

Cuando acabó la singular mudanza, corrimos emocionados a contarle a Fausto lo que habíamos visto. Y él sonriendo con su habitual bonhomía, nos dijo:

—Ahí tienen ustedes un elocuente ejemplo de cómo los animales, aún aquellos más pequeños y débiles, son capaces de hacer frente a los mayores peligros cuando se trata de defender la vida de sus hijos.



EL PLUMERILLO ROJO

A Blanquita gustábale muchísimo corretear por el monte en primavera, aspirando la fragancia de las diversas flores que abrían sus corolas en todas partes, o arrobándose en la contemplación de la infinita gama de matices de las hojas nuevas.

Por eso aquella mañana espléndida de octubre, aprovechando la feliz circunstancia de que Encarnación iría a lavar unas ropas al arroyo, obtuvo de su madre permiso para acompañarla.

A su regreso corrió hacia mí, que en ese instante volvía también del campo con los peones. Sujeto amorosamente entre ambas manos, ostentaba la niña un manojo de bellísimas flores.

—¿A qué no sabes cómo se llaman? —me preguntó, alzando con orgullo hasta la altura del rostro su precioso hallazgo.

Yo no lo sabía, en efecto, pues nunca había tenido oportunidad de ver aquella clase de flores, que aunque carentes de aroma, eran por la originalidad de su forma, por su color y su gracia, un verdadero prodigio de la naturaleza, y podían resistir airosamente un parangón con las del propio ceibo.

Confesé mi ignorancia y ella entonces, con aire satisfecho, me repitió lo que sin duda acababa de explicarle Encarnación:

—Se llaman plumerillos. ¿No ves, tonto, que su forma es idéntica a la de un plumero en miniatura? De abí les viene seguramente el nombre.

Yo me aproximé aún más al manojo y me puse a contemplar las flores con minuciosa atención.

Eran de un color rojo vivo, que recordaba el penacho de los cardenales, y sus largos y múltiples estambres, finos y suaves como hilillos de seda, vibraban cual sensibles antenas al más leve contacto de la brisa. En el extremo de cada estambre acumulábanse partículas de un polen sutilísimo, impalpable casi, que se desvanecía sin dejar huellas apenas se le tocaba.

Fausto Ruiz, que en ese instante pasaba junto a nosotros, le advirtió a Blanquita:

—Se te van a marchitar en seguida. No las hubieras cortado.

—Las pondré ahora mismo dentro de un florero con bastante agua, para poder conservarlas —replicóle ella.

—Igual se marchitarán, te lo aseguro, porque esas flores son tan delicadas, tan sensibles, que únicamente viven en el árbol.

Así era, en efecto. No había transcurrido media hora cuando el manojo entero comenzó a languidecer y a amustiarse, confirmando las palabras de Fausto, que estaban respaldadas por la experiencia, como todas las suyas.

Desde entonces yo viví aguardando la ocasión de conocer el árbol que producía tan hermosas y originales flores. Y fue el propio Fausto quien, a instancias mías, me llevó al monte pocos días más tarde con el fin de mostrármelo.

Era un arbusto de madera frágil y de escasa altura, que apenas sobrepasaría los dos metros. Tenía el tronco y las ramas sumamente retorcidos, la corteza delgada y lisa, las hojas de un color verde intenso, muy semejantes en su estructura a las del espinillo y el ñandubay, y tan graciosas y finas que parecían un delicado encaje.

—Ahí tienes el plumerillo —dijo Fausto—. Algunos le llaman también sucará o socará, aunque este último nombre corresponde en realidad a otro árbol más comúnmente denominado "palo de fierro" a causa de la dureza y color de su madera. El plumerillo posee una característica muy particular, que lo distingue de los restantes árboles de nuestros montes: mientras hay sol, sus hojas ofrecen un aspecto alegre y lozano; al caer la tarde, se doblegan y

empiezan a palidecer, dando la sensación de que se secarán; y a la mañana siguiente vuelven a adquirir vigor y frescura al contacto de la luz.

Observador sagaz de la naturaleza, Fausto Ruiz había dicho la verdad, como siempre. Y yo, escuchándolo, había aprendido algo nuevo y singular acerca de otro de los integrantes de la flora autóctona.



EL MERCACHIFLE

Cada dos o tres meses aparecía por la estancia el turco Alí Catiche, con la espalda curvada por el peso del enorme cajón que sobre ella portaba, y al que sostenía, oficiando a manera de palanca, un fuerte trozo de roble, de cilíndrica forma, que el hombre colocaba entre la tapa de aquella especie de arca primitiva y las gruesas correas de cuero que la aseguraban, atravesándolo luego sobre el hombro y sujetándolo con ambas manos por el otro extremo.

La llegada del turco constituía todo un acontecimiento, especialmente para las mujeres, siempre necesitadas de algunas de las muchas baratijas que vendía.

Apenas le veíamos acercarse, dando grandes zancadas y anunciando su presencia en la pintoresca jerga que lo caracterizaba, y que tanta gracia producía a los peones, nos agrupábamos a la puerta del galpón, ávidos por contemplar los redondos espejitos, los peines de colores y los jabones de perfume intenso con que habría de regalarnos la vista y el olfato.

Cuando Alí desprendía las hebillas y levantaba la tapa de su rústico arcón, a nosotros parecíanos

que acababa de hacerse realidad alguna página miliunanochesca. El brillo de los abalorios que resplandecían al sol, la amalgama de fragancias penetrantes que impregnaba el aire, la abigarrada profusión de formas y de chillones colores que ostentaba aquel nutrido conjunto de bagatelas, ejercían una suerte de mágica fascinación en nuestras almas ingenuas y sencillas. Hasta el propio Fausto Ruiz, tan aplomado y tranquilo de ordinario, tan dueño siempre de sí, dejaba entrever también, con gestos y palabras, la admiración y el asombro que aquello le causaba.

—¿Cuánto vale este peinetón dorado, Alí?

—¿Y cuánto esta pieza de entredós?

—¿Y este frasco de Agua Florida?

—¿Y este pañuelo de seda verde-luz?

Mujeres y hombres inquirían a la vez, ansiosos todos ellos por poseer alguno de los objetos que el buhonero exhibía, deshaciéndose en elogios para cada artículo.

Venían después los consabidos regateos, que daban lugar a verdaderos alardes de socarronería y malicia por una y otra parte, y que terminaban indefectiblemente con alguna rebaja en el precio de la mercadería cuestionada.

Doña Ramona compraba siempre cosas de utilidad doméstica: dedales, paquetes de agujas, botones,

prendas de ropa interior, y a veces lienzo o crea para sábanas. Don Gumersindo y el capataz Umpiérrez solían adquirir también, haciendo gala de sentido práctico, alguna bombacha, o una camisa de franela, o un par de zapatillas de entrecasa. Y lo mismo ocurría con la vieja negra Encarnación, la cocinera. Pero los demás, en cambio, optaban por las miniaturas de colores brillantes o por los artículos de perfumería. Sobre todo los peones jóvenes y solteros, que reservaban esas cosillas superfluas —collares baratos, medallitas, polvos de olor, relicarios— para obsequiar a sus novias en la tradicional visita dominguera.

A Blanquita y a mí se nos iban los ojos detrás de los juguetes que también portaba Alí en su cajón prodigioso. Y mientras ella suspiraba por las pequeñas muñecas de ojos azules y sonrosados carrillos, yo ardía en ansias de poseer los caballitos de madera lustrada, o el simpático perro de loza que parecía aguardar mis caricias en el fondo del arca.

A veces don Gumersindo o doña Ramona, acordándose seguramente de sus tiempos infantiles, se encargaban de convertir en realidad nuestros sueños.

Y Alí, que era también bondadoso y comprensivo, no obstante su aspecto rudo, sonreía feliz al depositar en nuestras manos ávidas los anhelados juguetes.



LA RATONERA

Muy próxima a la estancia corría serpenteando una cañadita alegre y rumorosa, que desembocaba en el arroyo. Bordeábanla grandes rocas entre las cuales hundían sus raíces algunos talas y coronillas ya centenarios tal vez, a juzgar por el espesor de sus troncos y por la altura de sus frondosas copas.

Cuando Encarnación tenía poca ropa para lavar, prefería hacerlo allí por ser más cerca. Blanquita y yo solíamos acompañarla en tales ocasiones, y con verdadera alegría, pues a ambos gustábanos muchísimo el sitio que la bonachona negra había escogido para lavadero.

Una soleada y apacible tarde, mientras ella lavaba, nosotros correteábamos felices por los alrededores, hurgando entre la fronda de los árboles o encaramándonos a las altas piedras, que nos deparaban siempre alguna grata sorpresa.

Cansados finalmente de brincar y correr a nuestras anchas, nos tendimos a reposar a la sombra de un frondoso coronilla. Muy cerca de nosotros, acuclillada junto al agua y contrastando con la nívea espuma del jabón, que parecía acentuar el tinte renegrido de su piel, Encarnación azotaba rítmica-

mente con la palmeta un gran rimero de ropa. Y el eco, como gozándose en remedarla, repetía a lo lejos cada golpe, favorecido por la espléndida acústica de aquel lugar.

Blanquita, que tenía el rostro encendido como una brasa a consecuencia de la fatiga, habíase quitado la liviana chaqueta que llevaba puesta, colgándola de las ramas más bajas de un tala próximo.

De pronto advirtió que se acercaba a la prenda una ratonera, simpática avecilla cuya figura pequeñita, ágil y escurridiza, nos era muy familiar, pues a diario veíamos algún casal refistoleando entre los escondrijos del galpón, o entre los intersticios de la pila de leña de consumo, levantada contra la pared de la cocina.

—Quédate quieto y callado. No la vayas a ahuyentar — murmuró la niña a mi oído.

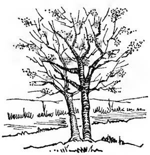
Y ambos permanecimos inmóviles, observando al ave que, con su inquietud característica, saltaba sin cesar de un sitio a otro, sin que sus ojillos zahoríes dejaran de atisbarnos. Tan cerca de nosotros estaba, que podíamos distinguir perfectamente su agudo y largo pico y los distintos matices de su plumaje, de un tono acafetado con reflejos verdosos en la cabeza, las alas y la cola, y de un gris desvaído, casi blanco, en el pecho y el abdomen.

Alentada por nuestra inmovilidad comenzó a introducirse en los bolsillos y las mangas de la chaqueta, buscando sitio adecuado para sus propósitos. Luego, satisfecha de la inspección, púsose a llamar a su compañera, que al punto acudió al reclamo. Dialogaron a su modo, intercambiando grititos breves y estridentes, y una vez puestas de acuerdo abocáronse las dos a una tarea que nos llenó de asombro. Habían resuelto anidar en uno de los bolsillos de la prenda, y hacia allí fueron transportando con el pico y las patas minúsculos palitos, hojas secas, y hebras de lana o cerda adheridas a los alambrados o a las espinas de los árboles.

Nosotros, estupefactos y a la vez enternecidos, no perdíamos detalle de la paciente faena. Tan contentas estaban las ratoneritas de anidar allí, que entre viaje y viaje poníanse a cantar a dúo, hinchando graciosamente la garganta y emitiendo ese gorjeo repiqueteado y alegre que las caracteriza.

Cuando llegó la hora del retorno, ya estaba la pareja dando los últimos toques a su vivienda. Blanquita no quería recoger la chaqueta, prefiriendo perderla antes que molestar a los pequeños pájaros. Pero Encarnación, más sensata por razones de edad, aunque con pena también, se opuso arguyendo que los padres de la niña se enfadarían, y que la responsabilidad recaería sobre ella.

Tuvo pues Blanquita que frustrar el esfuerzo de las ratoneras, contrariando al hacerlo los impulsos naturales de su buen corazón, y sin poder evitar que las lágrimas le humedecieran los tiernos y hermosos ojos.



E L   E S P I N I L L O

Entre todos los árboles del monte —y los había de las más variadas especies aborígenes— era el espinillo el primero en engalanarse para recibir la primavera.

No bien entraba setiembre comenzaban a insinuarse a lo largo de sus retorcidas y espinosas ramas los redondos botoncillos, que poco después habrían de convertirse en flores de color dorado, alegres y brillantes, cuyo intenso aroma agreste, esparciéndose generosamente por el aire, atraía a las abejas laboriosas, que llegaban desde sus colmenas ocultas en los rincones más intrincados y secretos del monte a aprovisionarse de néctar y de polen.

A veces —cuando el invierno había sido benigno— el proceso de la floración se iniciaba en las postrimerías de agosto, y el grato anticipo vernal culminaba entonces al promediar setiembre, cubriéndose prácticamente todos los espinillos de encendidas borlitas de oro, que daban la impresión de que el propio sol se hubiera dividido en millares de pequeñas ascuas relucientes para adornar con ellas las ramas de los árboles.

Pero no solamente en sus hermosas flores se manifestaban la gracia y el encanto de aquellos alegres heraldos de la primavera. También se hacían presentes tales atributos en las espinas agudas y durísimas, que adquirían por entonces un magnífico color gris azulado, con destellos perláceos, y en las menudas hojas bipinadas, de un verde suave y tierno, que temblaban al soplo de la más leve brisa, y cuya delicadeza contrastaba con la reciedumbre del tronco y de los gajos ríspidos.

Eran numerosísimos los espinillos en aquella zona. Achaparrados y fuertes, como casi todos los árboles que integran nuestra flora, reemplazaban la carencia de porte majestuoso con la inconmovible firmeza con que engarfiaban en la dura tierra sus potentes raíces, para afrontar así los embates del pampero. Diseminados en las orillas del monte —muy rara vez se encontraba un ejemplar dentro de éste—, constituían la vanguardia permanente de aquel nutrido ejército vegetal, y contra su ramaje hirsuto estrellábase la furia de las tempestades.

Eran además sufridos y resistentes a las adversidades climatéricas como muy pocos árboles lo son. Acaso, en ese aspecto, sólo podían competir con ellos el ñandubay, el coronilla y el tala, otros tres representantes soberbios de la flora indígena. Las sequías tremendas que solía traer el verano, no lograban ha-

cer mella casi nunca en su vitalidad extraordinaria. Y así, cuando los demás integrantes del monte acusaban en sus hojas marchitas y en sus encanijados frutos el rigor de los solazos de fuego, que implacablemente iban debilitando sus raíces sedientas, los espinillos mantenían aún lozano el verde de sus hojas, en las que perduraba la única nota alegre del paisaje. Bastábales la efímera caricia del rocío nocturno para irse defendiendo de aquel azote natural, hasta tanto llegara la anhelada lluvia que esperaban con igual avidez los hombres, las bestias y las plantas.

Cuando los espinillos empezaban a florecer, todos los moradores de la estancia nos sentíamos más alegres y optimistas, y hasta los pequeños y comunes hechos cotidianos adquirían un sentido distinto. Tal era la influencia que sobre nuestros espíritus ejercía el mensaje primaveral de aquellos árboles.

Blanquita, sobre todo, poníase contentísima, y yendo de un espinillo a otro cortaba las minúsculas flores de breve y delgado tallo y se las colocaba entre la cabellera, formando así, con instintiva coquetería femenina, una especie de diadema de oro. A veces la perseguían las abejas, queriendo posársele sobre la cabeza. Y ella huía dando grititos cortos, que no eran en realidad de temor sino de sana y desbordante alegría, mientras el sol hacía destellar las doradas y aromáticas borlitas con que se había ataviado.



EL GATO MONTES

Desde hacía varias noches se venía repitiendo un hecho que conspiraba contra la tranquilidad de la peonada. Y también, por supuesto, contra los intereses de don Gumersindo.

Un visitante furtivo —procedente sin duda del cercano monte— introducíase en el corral de las aves y se llevaba consigo, en cada una de sus incursiones, algún pollo gordo o alguna de las muy ponedoras gallinas catalanas que lo habitaban.

Tan sigilosamente realizaba la operación el astuto merodeador nocturno, que ni los perros ni los gallos, pese a ser unos y otros centinelas caseros de bien ganada fama, se apercibían de sus latrocinios. Y apenas si al día siguiente advertíase el rastro con que las plumas de las aves hurtadas denunciaban su paso.

Con respecto a la identidad del ladrón, las opiniones estaban divididas entre el personal de la estancia. Los más aseguraban que se trataba de un zorro, basando su convicción en la inteligencia que demostraba aquel pícaro. Sebastián insistía en que era una comadreja mora. Ruperto y Pedro, por su parte, inclinábanse a suponer que debía de ser un "mao pelada".

—Sólo un gato montés es capaz de semejante hazaña —decía por su parte Fausto Ruiz, que era el único que opinaba de tal modo.

Y como de costumbre, tenía razón mi viejo compañero de andanzas, según vinieron a demostrarlo más tarde los acontecimientos.

Durante muchas noches se turnaron los peones en la ronda de rigor, provistos de una escopeta y agazapados entre el yuyal cercano al gallinero. Pero el sagaz ladrón, como si presintiera el peligro, no se dignaba aparecer por allí cuando se le esperaba. Y apenas suspendidas las rondas volvía muy campante a efectuar sus fechorías.

Hasta que por fin el "Mariscal", un perro muy vivaz e inteligente, lo sorprendió una madrugada dentro del corral y al punto dio el alerta con su ladrido ronco, que sólo se hacía oír cuando ocurría alguna cosa importante.

Todos nos levantamos de inmediato para correr hacia allí. Y entonces, a la luz de una espléndida luna llena que brillaba en el cenit, pude contemplar un espectáculo que no olvidaré jamás, tan fuerte fue la impresión que me produjo.

Rodeado por la perrada, un enorme gato montés, cuyo pelaje atigrado relucía bajo la plena claridad lunar, luchaba contra sus enemigos dando saltos agi-

lísimos. La elasticidad de sus músculos y la rapidez y precisión de sus movimientos eran tan extraordinarias, que tornaban vanos todos los esfuerzos de la jauría por atraparlo. Y mientras los perros entrechocaban los dientes en el mordisco frustrado, él iba de lomo en lomo, propinando zarpazos que hallaban siempre el blanco perseguido, y que poco a poco socavaban el ánimo de sus contendores.

De pronto, advirtiendo que la ocasión presentábase propicia, emprendió veloz y sorpresiva fuga y alcanzó el tronco de un añoso ombú, que se erguía a pocos metros de distancia. Tan rápido fue su ascenso hasta la copa del árbol, que los perros tardaron varios segundos en darse cuenta de ello. Y cuando la hicieron, formaron círculo en derredor de las salientes raíces, atronando el aire con sus continuos y furiosos ladridos.

Ya había empuñado Ruperto la escopeta y escudriñaba el follaje, en procura del félido, cuando Fausto lo contuvo con resuelto ademán.

—¿No te da pena matar un animal tan lindo y tan valiente? —le dijo—. ¿No te parece una injusticia, después de todo lo que luchó contra los perros para salvar su vida?

—Pero es un bicho dañino —arguyó el otro— ¿Cuántas gallinas se ha llevado ya de aquí?

—Los animales siempre son inocentes —aclaró Fausto—, pues obran de acuerdo con la ley que les ha impuesto la naturaleza. Además, puedes quedarte tranquilo porque a este gallinero, después de lo ocurrido, no volverá a acercarse.

Así diciendo, mi amigo llamó a los perros y los encerró en la cocina, dándole tiempo al felino a que escapara, y sin que ninguno de sus compañeros opusiera reparos a tan noble y comprensiva actitud.

El gato montés, en efecto, no repitió jamás sus incursiones nocturnas. Yo lamenté muchísimo no volver a verlo, pues había quedado prendado de su estampa, su pelaje, y su destreza impar en la pelea. Pero me consolaba pensando que estaba a salvo. Y que se lo merecía, como bien lo había dicho Fausto Ruiz.

E L A R R A Y A N

A la inversa del espinillo, que necesita para vivir a sus anchas mucha luz y mucho aire, y que por eso mismo crece en las afueras del monte, el arrayán, más delicado y sensible, prefiere aquellos sitios recatados, húmedos y sombríos, donde la protección de los demás árboles pueda evitarle el rigor directo del sol y de los vientos. Al igual que el sarandí y el sauce, es de naturaleza hidrófila, y por eso se desarrolla con mayor lozanía y fuerza en las márgenes de los ríos o de los arroyos, cuya proximidad busca siempre por obra de un ineludible y certero imperativo vital.

Mucho antes de que tuviera ocasión de conocer y apreciar directamente su tierna gracia y su belleza frágil, érame familiar la inconfundible fragancia con que este simpático árbol nativo embalsamaba el monte en primavera y verano.

Yo no lograba darme cuenta entonces de dónde procedía aquel aroma fresco, suave y persistente a la vez, que sobreponiéndose a los demás olores vegetales impregnaba por completo el aire con sus efluvios gratísimos, y que me producía al aspirarlo una dulce sensación de bienestar. Atribuíalo a los distintos

árboles en flor por entre los cuales me deslizaba, acicateado por mi infatigable curiosidad infantil. Pero al acercarme a unos y otros comprobaba el error en que incurriera, pues ninguno de ellos exhalaba aquel singular perfume cuyo origen teníame intrigadísimo.

Y fue como de costumbre mi amigo Fausto Ruiz, conocedor admirable de los más íntimos secretos de la naturaleza, quien me develó el misterio cierta tarde de diciembre, mientras le acompañaba en una de sus habituales incursiones al monte.

—¿Qué flor es la que da ese olor tan agradable? —le pregunté al verle aspirar con fruición una oleada de aquel exquisito aroma que la brisa acababa de traernos.

—¿Qué flor? Son miles de flores pequeñitas y escondidas las que lo producen —me respondió sonriendo—. Hace tiempo que te noto empeñado en averiguarlo por tus propios medios. ¿No es cierto?

—Es cierto, sí. Y ahora reconozco mi fracaso.

—Sígueme, entonces, y podrás satisfacer bien pronto tu curiosidad.

Dichas estas palabras, me condujo por entre lo más tupido de la maraña hasta la orilla misma del arroyo, y allí, entre una abigarrada profusión de árboles y plantas trepadoras que lo cercaban por todas partes, como queriendo sustraerlo de tal modo a

nuestros ojos, señalóme un hermoso arbusto cuya altura no sobrepasaba los dos metros. Sus hojas lanceoladas, de un verde reluciente, balanceábanse con graciosa suavidad al contacto de la brisa. Y en los extremos de sus finas ramas agrupábanse en apretados corimbos unas florecillas de modesta apariencia, que a nadie podían llamar la atención dadas su pequeñez y su humildad, y cuyo color, nada atractivo por cierto, oscilaba entre el blanco y el amarillo desvaído. Pero era tal la fragancia que de ellas emanaba, que bastaba por sí sola para compensar con creces la falta de otros encantos.

—Ahí tienes el árbol que buscabas —me dijo Fausto—. Se llama arrayán. Su madera blanda y quebradiza sólo sirve para alimentar fuegos livianos, pero eso poco importa, ¿no te parece? Basta con que perfume el monte como lo hace, con su aroma incomparable, ya que esa es la grata misión que le ha encomendado la naturaleza.

Comprendí que mi viejo amigo tenía razón, como siempre. Y desde aquella tarde fue el arrayán mi preferido entre todos los árboles de la flora autóctona.



L A L E C H U Z A

Caía lenta y dulcemente la noche sobre el campo, y los grillos la saludaban con el estridor de sus élitros vibrantes, formando en la vastedad de la llanura un incansable coro.

Ya se encendían en el cielo las primeras estrellas, y sus guiños de luz azul eran remedados por los farolitos andariegos de las luciérnagas, como en un poético y bello contrapunto.

Sentados a la puerta del galpón, de frente al campo, los peones de la estancia habían suspendido sus habituales bromas y permanecían silenciosos, como extasiados ante la dulce placidez de la hora.

De súbito apareció en el aire una lechuza, que tras de revolotear un momento sobre el grupo de hombres, con silencioso aleteo, fue a posarse en la cumbrera, para lanzar desde allí sus tres característicos graznidos.

—¡Ya vino a anunciar desgracias ese pajarraco agorero! —rezongó Sebastián, que era supersticioso en extremo.

—¡Caro le costarán sus anuncios! —dijo por su parte Ruperto, indiecito ladino y vivaracho, con

bien ganada fama de tirador, levantándose para ir en busca de su temible escopeta.

Iba ya a disparar el arma contra el ave indefensa cuando lo detuvo un grito imperativo de Fausto Ruiz, que atraído por las voces de sus compañeros salía del galpón en ese preciso instante:

—¡No le tires, Ruperto! ¡No seas desalmado! ¿Qué mal te ha hecho ese pobre animalito?

Fausto ejercía un poderoso ascendiente sobre los demás peones, que además de respetarlo por su mayor edad, lo admiraban por su madurez de juicio y su clara inteligencia.

De ahí que, aunque a regañadientes, bajara Ruperto el arma, arguyendo a modo de justificación de su conducta:

—Es cierto, don Fausto, que a mí no me ha hecho nada. Pero todo el mundo asegura que cuando una lechuza grita tres veces consecutivas desde la cumbrera de un rancho, algo malo habrá de ocurrir a sus habitantes.

—¿Y en qué se basan para asegurarlo? Esas son supersticiones tontas, creencias infundadas que se han venido perpetuando en nuestra campaña desde remotos tiempos. Como la pobre lechuza es un pájaro tan feo, y además nocturno, lo escogieron las gentes aprensivas para atribuirle esa condición de ave

agorera. Y sin embargo, pocos animales existen en el campo tan útiles al hombre como ella.

—Yo, a decir verdad, no sé para qué sirve ese bicho —intervino Sebastián—. Como no sea para asustar gente...

—Pues si no lo sabes te lo explicaré en pocas palabras —dijo Fausto—. La lechuza es nuestra aliada porque persigue y destruye a las víboras, a las arañas, a los alacranes, y a muchas otras especies de bichos ponzoñosos o dañinos, contribuyendo así a sanear los campos. Tiene, aparte de esos méritos, una condición muy simpática que vale la pena señalar: su fidelidad y consecuencia para con el lugar donde nace. En eso se asemeja mucho al terutero, otro buen amigo del hombre, que nunca abandona el sitio donde ha venido al mundo, a pesar de tener alas poderosas que le permitirían trasladarse de un extremo a otro del país, si así se le ocurriera.

Yo, que como de costumbre estaba sentado junto a Fausto Ruiz, oía cada una de sus palabras con profunda atención. Y no menos atentos por cierto lo escuchaban los peones.

Tras una pausa, durante la cual encendió el yesquero y dio fuego a su apagado pucho, el viejo criollo terminó diciendo:

—Esa lechuza que querías matar por puro gusto, Ruperto, tiene su nido ahí cerquita, en una profunda cueva abierta sobre lo alto de una loma. Durante el día suele ocultarse dentro del agujero, junto con sus pichones. Y cuando ve que puede hacerlo sin riesgos, los saca a tomar sol. Al llegar la noche, sale a buscarles el alimento, pero no sin graznar de rato en rato, para que ellos sepan que anda cerca y no se dejen dominar por el miedo al encontrarse solos. Hace ya años que están ahí esas lechuzas. ¿Y qué desgracia nos ha traído su vecindad? ¿Puede saberse?

Calló Fausto, y los demás quedaron pensativos, meditando acerca de lo que habían oído. A lo lejos volvió a sonar el graznido triple y áspero del ave. Pero en lugar de miedo supersticioso, produjo entonces en el ánimo de todos una grata y simpática impresión.

LA SIEMBRA

A fines de julio o principios de agosto —según se presentara el invierno—, comenzaba Florentino Lemos la roturación de las seis hectáreas de tierra destinadas a chacra, y donde se sembraba preferentemente maíz, cebada y avena, reservando alguna parcela chica para legumbres y hortalizas.

Aún no se habían apagado en el cielo invernal las últimas estrellas, cuando ya andaba el chacarero en preparativos para la brega cotidiana.

Envueltos los pies en sendos trozos de arpillera, y calzados luego con los ásperos tamangos de cuero crudo que habrían de defenderlos del rigor de la escarcha, iba en procura de la yunta de bueyes, que acudían dóciles a su llamado, ofreciendo a las coyundas y al yugo el poderoso testuz. Una vez uncidas las mansas bestias al arado de reja ancha y filosa, daba principio el hombre a su paciente y solitaria faena, que sólo interrumpiría cuando el banderín de lienzo izado sobre la cocina le anunciara la hora del almuerzo, y que reanudaría un par de horas más tarde, continuándola hasta la puesta del sol.

Largos y rectos íbanse alineando los surcos que abría el acero en la entraña de la negra tierra. Sos-

teniendo con firme brazo la mancera, Lemos dirigía sus bueyes sin necesidad de utilizar la picana de clavo corto y mocho, que no representaba para él otra cosa que el símbolo de su autoridad. Hablábales de continuo en un tono casi paternal, llamándolos por los nombres pintorescos que él mismo les pusiera cuando, novillos todavía, empezó a adiestrarlos para aquel trabajo:

—¡Ushi, Naranjo, ushi! . . . ¡Pajarito, buey! . . .

Y "Pajarito" y "Naranjo" rectificaban al oirlo el rumbo de sus pasos, o detenían la marcha, o viraban hacia uno u otro flanco, según lo dispusiera Florentino, que de tan eficaz manera secundado podía subsanar sin tropiezos cualquier dificultad.

Blanquita y yo nos levantábamos temprano muchas veces, a pesar del frío reinante, para ir a verlo arar. Gustábanos contemplarlo en su continuo ir y venir, a largas zancadas, detrás de los bueyes de hocico humeante y grandes ojos dulces —en los que escintilaba la luz del naciente sol—, mientras bandadas de pájaros se abatían sobre el surco recién abierto, a engullir las lombrices y las gordas "isocas" que asomaban entre la gleba removida. Los tordos, cardenales y palomas, sobre todo, se congregaban allí para disfrutar del opíparo festín. Y como Lemos jamás los ahuyentaba, sino que, antes bien, parecía contento de su cercanía, acabaron por perder todo temor, familia-

rizándose con el labriego hasta el punto de ir a picotear bichitos junto a sus propios pies.

De tanto en tanto detenía Florentino la yunta, y mientras liaba y encendía un cigarro poníase a observar su obra. La vista de los surcos parejos, equidistantes, el olor de los terrones húmedos y la grata presencia de los pájaros amigos le llenaban de júbilo el corazón sencillo y bondadoso. Y entonces reiniciaba la faena cantando, con su vozarrón grueso y ronco, esta única cuarteta que repetía hasta el cansancio:

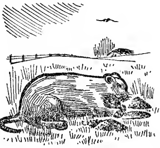
> Tan poco pido a la vida
> que no me lo ha de negar:
> tener siempre un par de bueyes
> y una chacra para arar.

Después de roturar la tierra, dedicábase el labrador a rastrillarla y amelgarla cuidadosamente, trabajos que concluía a fines de setiembre.

En octubre era la época propicia para la siembra del maíz. Los granos, esparcidos por Florentino con mano certera y rápida, iban cayendo a lo largo de los surcos para ser luego recubiertos por una fina capa de tierra bien desmenuzada y permanecer allí, muy próximos a la superficie, esperando los soles y las lluvias que los harían germinar.

Unas semanas más tarde empezaban a brotar millares de plantitas, salpicando de un verde tierno la

negrura de la chacra. Y cuando promediaba la primavera, alegrábanse los ojos en la contemplación del maizal que se elevaba pujante, abriendo ya los festivos penachos de sus flores e insinuando, a medio tallo, las espigas de granos lechosos y de rubias barbas, que al madurar después bajo los cálidos rayos de los soles veraniegos, justificarían y pagarían con creces el noble y paciente esfuerzo del agricultor.



E L T U C U T U C O

Una calurosa tarde de diciembre, pasada apenas la hora de la siesta, tomaba Fausto Ruiz su mate amargo a la sombra de uno de los gigantescos ombúes que se alzaban cerca del galpón de la estancia, y cuyas salientes raíces eran utilizadas como asientos por los peones durante las horas libres.

Yo, como de costumbre, me había sentado a su lado e interrumpía su silencio abrumándolo con diversas preguntas sobre las cosas del campo, a las que él respondía paciente y bonachón, satisfecho de poder enseñarme algo de lo mucho que había aprendido en su diario contacto con la naturaleza.

En determinado momento atrajo mi atención un ruido extraño, semejante a un pequeño trueno subterráneo, grave y trémulo, que siguió repitiéndose en forma intermitente.

Fausto se sonrió al advertir la alarma que aquel rumor me produjo, y adelantándose a mi curiosidad dijo en voz baja:

—No te asustes que no se trata de ningún temblor de tierra. Es un tucutuco que está abriendo su cueva para aprovisionarse del pasto con que se alimenta y hace nido. Y mientras trabaja, canta a su

manera. Si quieres verlo asomar tendrán que quedarte quieto y callado, pues es muy arisco y tiene un oído finísimo.

Permanecimos a la expectativa durante largo rato, hasta que finalmente el tucutuco surgió del agujero redondo y proyectado en dirección oblicua que acababa de abrir, valiéndose de sus largas y afiladísimas uñas.

Era un pequeño animal de pelaje castaño, de cuerpo no mayor que el de una rata. En su cabeza roma, muy parecida a la de la nutria, se destacaban los ojos, grandes y vivaces, y los dos dientes curvos, fuertes y anchos, que le sobresalían de la boca.

Luego de una rápida ojeada circular para cerciorarse de que no corría peligro, empezó a cortar el pasto que bordeaba su cueva. Con ágiles movimientos de mandíbulas lo iba cercenando a ras del suelo, transportándolo después al interior y retornando al punto en busca de nueva carga.

Así trabajó un buen rato, hasta que los alrededores del agujero que acababa de abrir quedaron desprovistos por completo de hierbas. Entonces cerró desde adentro la abertura, haciendo afluir la tierra nuevamente, en hábiles maniobras, y poco más tarde volvió a oirse, aunque ahora en otra dirección, aquel pequeño trueno intermitente que tanto me había alarmado al principio.

—¿No volverá a salir? — pregunté a Fausto.

—Claro que sí; pero en lugar distinto. Aquí sólo vendrá cuando haya crecido nuevamente el pasto.

—¿Y cómo lo sabrá?

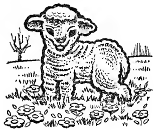
—Su instinto se encargará de advertírselo.

Continué interrogando a mi amigo acerca del tucutuco, y así me enteré de que construye vastas galerías subterráneas con salida al exterior, todas las cuales convergen hacia el sitio donde ubica su nido, y que por medio de esas galerías asegura su abastecimiento, y también su evasión en caso de peligro.

—Aunque se trata de un animalito muy arisco, según ya te lo previne —concluyó diciendo Fausto—, resulta fácil de domesticar. Cierta vez, durante una gran creciente que inundó la costa, encontré uno que se estaba ahogando, lo traje conmigo, y después de secarlo y calentarlo en el fuego lo puse dentro de un balde, cuidando de proporcionarle todos los días pasto fresco. Al principio me veía y se ponía furioso, gruñendo en tono amenazador. Pero al cabo de una semana estábamos ya tan amigos que comía en mi propia mano y retozaba de júbilo apenas yo me acercaba. Y cuando quise reintegrarlo a su cueva entró en ella desganadamente, anduvo curioseando un instante por allá, y luego volvió a salir y se refugió de nuevo en el balde donde yo lo había instalado. Esto te demues-

tra que los animales, cualquiera sea su condición, saben corresponder al cariño con que se les trata.

Yo me quedé en silencio, gratamente impresionado por lo que mi amigo acababa de contarme. Y mientras tanto el tucutuco seguía haciendo resonar a lo lejos su minúsculo trueno subterráneo, que ahora me resultaba sumamente familiar y simpático.



LA ESQUILA

Desde que llegaron los esquiladores la estancia adquirió una animación inusitada.

Eran seis paisanos jóvenes, fuertes y musculosos. Entre ellos había uno rubio, con la cara llena de pecas, y otro tan negro que su piel relucía como el charol. Los demás tenían la tez cobriza y el cabello lacio, lo que hacía suponer una ascendencia indígena.

Bromeaban en voz alta y dejaban oír a cada instante sonoras carcajadas, celebrando sus propias ocurrencias. El trabajo y la vida en común los habían unido de tal modo, que aquella diferencia de color carecía por completo de importancia. Se trataban entre sí como si fueran hermanos, dejando traslucir a través de sus pullas, en apariencia rudas, el franco y leal afecto que desbordaba sus simples corazones.

—¿Por qué están tan contentos? — le pregunté a mi amigo Fausto Ruiz.

—Porque para ellos esta es la mejor época del año, muchacho. Mientras dura la zafra de lana tienen trabajo en abundancia, y hasta pueden juntar algunos pesos para hacerle frente al invierno, que es el tiempo de la desocupación en el campo.

Instalados en el enorme galpón de terrones y paja, los esquiladores preparaban entre broma y broma sus camas —utilizando ponchos y recados—, afilaban y engrasaban sus tijeras a fin de tenerlas listas al día siguiente, y ponían a calentar el agua para el mate amargo.

Yo no me separaba de ellos un instante, feliz de verlos reír y jaranear como niños. Cuando me llamaron para la cena, los dejé jugando al truco sobre una carona. Al negro le blanqueaban los dientes cada vez que soltaba sus carcajadas estruendosas, celebrando las chuscadas de los otros. El rubio decía versitos alusivos a su oficio y al juego:

> Cuando yo estaba esquilando
> en la estancia de Farruco,
> mi tijera iba cantando
> ¡contra flor el resto y truco!
>
> Es cosa linda esquilar
> cuando la oveja es mansita.
> Pero más lindo es cantar
> aunque sea una flor chiquita.

Al día siguiente me levanté tempranísimo, ávido por presenciar la esquila. Ya estaba la majada en el corral, inquieta y azorada, apretujándose entre balidos trémulos. Y la mañana se anunciaba bella y límpida, prometiendo otro de los magníficos días que nos venía brindando el mes de octubre.

Apenas hubo luz suficiente comenzó la faena. Los esquiladores, vestidos con chiripá de arpillera y cubierta la cabeza por desteñida boina o por tosco pañuelo de algodón, a fin de atenuar en lo posible los efectos de la suciedad y el polvo, se fueron ubicando en sus sitios de labor. Los peones de la estancia colaboraban agarrando y maneando las ovejas, u oficiando de "médicos" —vale decir acudiendo con el remedio a base de creolina— cada vez que algún animal se movía bruscamente y recibía algún tajo.

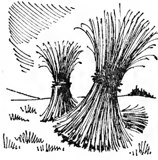
Durante varios días resonó el canto metálico de las tijeras en el amplio galpón. Los vellones iban siendo recogidos uno tras otro por el "playero", que al acumularlos sobre el bien barrido piso del fondo, levantaba poco a poco con ellos un enorme rimero blanquecino. De allí recogían la lana los enfardadores, guardándola a brazadas en los grandes bolsones de arpillera, a los cuales cosían luego la boca con un fuerte piolín, enhebrado en agujas colchoneras.

Don Gumersindo en persona vigilaba el trabajo, y no bien un esquilador terminaba de despojar de su vellón a una oveja, él mismo le entregaba la "lata" correspondiente, una especie de ficha redonda que al término de la jornada se cambiaría por dinero.

El negro era el más rápido y hábil, y en consecuencia, el que obtenía mayor provecho diario en el trabajo. Manejada por sus diestras manos, la tijera

se deslizaba veloz sobre la piel del ovino, sin producirle ni siquiera un rasguño. Los demás lo elogiaban y él reía contento, aunque sin descuidar por ello su labor.

Cuando acabó la esquila, don Gumersindo los obsequió con un almuerzo a la criolla —asado de vaquillona con cuero, fariña, vino y pasteles—, luego de saboreado el cual los integrantes de la "comparsa" se marcharon satisfechos, bien provistos el cinto y el estómago, a cumplir compromisos contraídos en otros establecimientos del contorno.



E L   Q U I N C H A D O R

Para renovar el pajizo techo a dos aguas del galpón principal, don Gumersindo contrató a un antiguo quinchador del pago llamado Antolín Barreto, especialista en esa clase de trabajos, y que al decir de los peones de la estancia no tenía par en su oficio. Porque, según afirmaban ellos, aquel hombre ya entrado en años, de aspecto taciturno, parco en palabras y en gestos, era capaz de construir con idéntica maestría una techumbre lisa que una quincha de "escamas", de esas que por las dificultades que entraña su ejecución, y por su bella apariencia, constituyen un verdadero lujo en las viviendas del campo.

Luego de un minucioso examen del galpón, Barreto opinó que convenía hacerle quincha de "escalera", la más adecuada a su juicio —por consistente, sólida, y con mayor facilidad de desagüe— para techos de grandes dimensiones.

Habiendo aceptado don Gumersindo aquella sugerencia, el quinchador dio de inmediato comienzo a su tarea, que comprendía dos etapas espaciadas entre sí por un lapso de tres meses, aproximadamente.

Primero cortó en el bañado la paja brava, aprovechando la circunstancia de estar la luna en men-

guante. Escogió aquellas matas más altas y mejor sazonadas, y formó con ellas centenares de mazos que fue agrupando de pie contra una empalizada de ripias, a fin de facilitar así su oreo por parte del sol y el aire. Cortó asimismo en el monte algunas docenas de varas de sauce criollo, largas, rectas y de parejo espesor, y luego de labrarlas prolijamente con un hachita liviana y muy filosa, dejólas libradas también a la acción del tiempo —que habría de secarlas poco a poco—, pero acondicionándolas bajo techo, eso sí, para evitar que se torcieran por efecto de las lluvias y de los rayos solares.

Concluida aquella primera parte de su trabajo montó en su caballito moro y se marchó al trote lento, prometiendo volver cuando los materiales a utilizar estuvieran ya bien secos.

Así lo hizo en efecto, pero esta vez conduciendo un carrito de pértigo donde transportaba, entre otras cosas, varios rollos de alambre fino y una pesada maceta de madera.

Desde que se encaramó al galpón para despojarlo de su vieja quincha, gastada y carcomida por las intemperies, pareció transfigurarse. Silbaba de continuo mientras permanecía sobre el techo, y hasta solía intercambiar alegres chanzas con Ruperto, a quien había designado el patrón para que le sirviera de ayudante.

Pero su inesperado buen humor culminó cuando, hecho ya el nuevo envarillado con los listones de sauce, dio comienzo a la parte principal de su obra. Brillábanle de satisfacción los ojos mientras iba ordenando sobre el maderamen, para coserlos después con el alambre, los mazos de áspera paja amarillenta. Y de sus labios rugosos, entre los que humeaba el grueso cigarro de tabaco negro armado en chala de maíz, salían además de las palabras chanceras carcajadas frecuentes y estentóreas, que el más nimio motivo bastaba para provocar.

Ello no impedía, sin embargo, que sus manos se movieran de continuo entre los haces de filosa paja brava, ajustando aquí un detalle, corrigiendo allí un defecto, y expuestas constantemente a la amenaza de tajos que nunca se producían. Yo confieso que se me erizaba la piel viéndolas deslizarse entre aquel montón de cuchillos vegetales, que para ellas resultaban inofensivos como si se tratase de juntos o de mansas totoras.

Uno tras otro se alineaban los mazos sobre el envarillado. La maceta golpeaba con firme exactitud, nivelándolos y refundiéndolos en un solo cuerpo, bien ensamblado y compacto. Y los rectos costurones de alambre, todos equidistantes y cuidadosamente rematados en sus bordes, iban marcando una especie de

escala que a la vez que hermoseaba el nuevo techo garantizaba su solidez y su impermeabilidad.

Largos días empleó el quinchador en su trabajo. Y una vez que lo hubo terminado volvió a ensimismarse y a adquirir aquel aire cazurro del principio.

Don Gumersindo lo recompensó con gran esplendidez, como acostumbraba a hacerlo con cuantos trabajaban en la estancia, pero no sin felicitarlo antes por su esmero y destreza. Y Antolín Barreto recibió con más satisfacción los elogios que el dinero que acababa de ganar en buena ley, sin duda, porque amaba mucho su oficio y encontraba en él un sentido para su vida humilde. De ahí que al desempeñarlo se tornara jovial y alegre, transfigurándose en una forma que entonces me pareció inexplicable y que hoy comprendo y admiro.

EL LAGARTO

Aquel domingo de principios de mayo, aprovechando que el tiempo estaba caluroso y con visos de tormenta, Fausto y yo resolvimos irnos a pescar.

Sentados a la orilla del arroyo esperábamos pacientemente que algún bagre o tararira se dignara morder el anzuelo, disfrutando mientras tanto del canto de los pájaros y de la agreste fragancia montaraz.

Súbitamente llamó nuestra atención el ruido de un cuerpo que se arrojaba al agua, tras rápida carrera por entre la hojarasca.

—Debe de ser algún lagarto —opinó Fausto, sin poder disimular una sonrisa ante mi expresión de alarma.

Poco rato después se repitieron la carrera y la zambullida. Y entonces mi compañero, conocedor admirable de todos los secretos del monte, supo sin moverse de allí lo que estaba aconteciendo.

—¿No te lo dije yo? Ya tenemos en qué entretenernos, muchacho. Ese pícaro ha encontrado seguramente alguna lechiguana gorda y se quiere banque-

tear con la miel. Vamos a tratar de observarlo sin que él se dé cuenta.

Y atando los aparejos a un tronco de arrayán se deslizó con habilidad felina a través de la fronda espesa e intrincada. Yo lo seguía pisándole los talones, asustado y curioso al mismo tiempo.

Se detuvo de pronto, y atrayéndome hacia sí me secreteó al oído:

—Allí en aquel claro del monte, entre las ramas del mollecito que se ve a la izquierda, está la lechiguana. Escóndete aquí conmigo y no hagas ruido.

Nos ocultamos detrás de un canelón enorme y permanecimos inmóviles, respirando apenas para no delatarnos.

Al cabo de unos instantes apareció el lagarto. Avanzaba cauteloso, con los oblicuos ojillos fijos en la vivienda gris de las avispas. Cuando la tuvo a su alcance, giró rápidamente sobre sí mismo y le aplicó un certero y fuerte coletazo, abriéndole ancha brecha en la corteza. Perseguido por una nube de insectos iracundos, que pugnaban vanamente por picarlo en los ojos —únicos puntos vulnerables al aguijón temible y vengativo—, el astuto saurio repitió su fuga buscando la segura protección del agua.

Y así se fueron sucediendo los asaltos, hábilmente espaciados, con el tiempo necesario entre uno

y otro para que el enjambre aplacara su legítimo furor.

Hasta que finalmente la lechiguana, desprendiéndose de las ramas del molle a consecuencia de los recios impactos, cayó pesadamente al suelo y se rompió en varios pedazos, dejando al descubierto los colmados panales.

Entonces el muy tuno esperó que las avispas abandonaran su deshecha vivienda, para ir luego a regalarse con la dorada y rezumante miel. Pero nosotros, anticipándonos a su propósito, hicimos buen acopio de aquella exquisita golosina silvestre.

—Tenemos que dejarle algún panal a nuestro socio —dijo riendo Fausto—. Se lo merece por su inteligencia y su tesón.

Y mientras regresábamos a nuestro campamento me contó otras hazañas del lagarto, tan astuto, en su opinión, como el mismísimo zorro.

—A ese señorón le gustan mucho los huevos, y se ingenia para robárselos a las aves que anidan en el suelo o en lugares bajos, como por ejemplo la perdiz, el terutero, la gallineta, el dormilón o el ñandú. A los de este último, que son muy grandes y de cáscara muy dura, ¿sabes de qué manera los rompe? Pues los separa del nido y los coloca en fila, a estratégica distancia uno de otro. Después, a la carrera,

los empuja con el pecho y los hace chocar entre sí, tantas veces como sea preciso para lograr su objetivo. Igual que si jugara a las bochas, ¿te das cuenta?

Y mientras el bonachón de Fausto reía estrepitosamente viendo mi cara de asombro, yo pensaba admirado en aquel animal de apariencia tan torpe, con fama de haragán por su costumbre de dormir al sol horas enteras, y digno sin embargo de figurar entre los más inteligentes y astutos de toda nuestra fauna.



LA CIGÜEÑA

—Tengo que ir al arroyo en busca de agua. ¿Quieres acompañarme? —invitóme Fausto Ruiz.

—Seguramente. No hay nada que me guste tanto como salir con usted —repuse alborozado.

Y a los pocos minutos ya estábamos ambos camino del arroyo. Yo, a horcajadas sobre el manso y lerdo petiso aguatero. Fausto, procurando acompasar sus largas zancadas de campesino con el menudo tranco del pachorriento animal.

Las ruedas del armazón de madera que sostenía el barril, traqueteaban sobre las flechillas ríspidas, cuyas espigas doraba la luz del sol. Nosotros íbamos contentos, con la atención repartida entre las pequeñas incidencias que matizaban el trayecto: el centelleo de alguna lagartija que reptaba veloz entre los pastos; el atronador griterío de los teruteros al perseguir algún chimango rapaz; los graciosos relinchos de algún potrillito que correteaba detrás de la madre por el llano inmenso.

—¿Apuesto a que no sabes qué es aquella mancha blanca que se ve allá en lo alto, casi en el centro del cielo? —preguntó de pronto Fausto, deteniéndose y alzando el brazo hacia la dirección indicada.

Yo escudriñaba en vano el profundo azul del firmamento. Después de muchos esfuerzos logré al fin localizarla. Pero, tal como mi compañero suponía, me fue imposible la identificación.

—Pues se trata de una cigüeña, muchacho, o de un Juan Grande, como le llamamos nosotros los paisanos. Sin duda no te habías imaginado nunca que volara tan alto.

Yo no lo hubiera supuesto jamás, en efecto. Alguna vez había visto a la cigüeña en la orilla de los esteros o pantanos, apoyada sobre una de sus larguísimas patas rojizas, y con la otra recogida hasta ocultarse casi entre el nutrido plumaje, cuya resplandeciente albura hacía resaltar aún más la orla negra que festoneaba sus enormes alas. Así solía estarse largo tiempo, en una extraña actitud de meditación o de éxtasis, inmóvil como una estatua, despreocupada por completo de cuanto la rodeaba. Y cuando al fin decidíase a caminar lo hacía a zancadas torpes, deteniéndose de trecho en trecho para hundir el pico, larguísimo también, entre el légamo donde pululaban renacuajos, sapos, cangrejos, u otros animalillos que le servían de alimento.

Por eso me admiré de verla volar así, como sólo creía que pudieran hacerlo los cuervos y las águilas.

—¿Y cómo sabe usted que se trata de una ci-

güeña si sólo se ve un puntito blanco en el cielo?— interrogué con aire dubitativo.

—Porque es la única de ese color, entre todas las aves que conozco, capaz de remontarse a tal altura. Y además, por la forma de volar, trazando espirales en el aire cuando asciende.

—Me gustaría saber algo más de ella. Dicen que es poco sociable.

—Sí. Evita la cercanía de otros pájaros y busca los lugares silenciosos. En primavera forma casal y construye su nido en los esteros, entre juncales casi inaccesibles. Incuba habitualmente dos huevos —a lo sumo tres—, y apenas los polluelos aprenden a volar se desintegra la familia, tomando cada miembro el rumbo que más le place. Al llegar el invierno, emigra en procura de mejor clima, pero retorna con la nueva primavera al punto de partida. Es un ave muy útil, pues al igual que la lechuza y el ñandú, destruye muchas alimañas dañinas o ponzoñosas del campo.

Sin dejar de escuchar atentamente a Fausto, yo proseguía con los ojos fijos en aquella pequeña mancha blanca, que ascendía cada vez más, y que acabó por desaparecer en el azul del infinito cielo.

Recién entonces proseguimos nosotros la marcha hacia el arroyo. Mi amigo, canturreando entre dientes una vidalita. Yo, satisfecho por lo que acababa de ver y de aprender.



LAS LUCIERNAGAS

Cierto espléndido anochecer de fines de diciembre, mientras aguardábamos la hora de la cena, todos los moradores de la estancia nos habíamos reunido en el enorme patio, bajo el límpido cielo azul que comenzaba a lucir la platería de sus primeras estrellas. Ninguno hablaba. Diríase que un tácito acuerdo nos mantenía callados, para así disfrutar mejor del encanto de esa hora de transición en que las sombras nocturnas reemplazan la luz solar. Y de improviso, en medio del silencio general, se oyó exclamar a Blanquita con voz a un mismo tiempo gozosa y sorprendida:

—¡Miren, miren qué cosa tan extraña y tan linda! ¡Es como una chispa viva que se apaga y se enciende! ¡Y allí veo otra! ¡Y otra más allá!

—No son chispas, aunque en verdad lo parecen, sino bichitos de luz —aclaró sonriendo Fausto Ruiz, con su habitual bonhomía—. En cuanto oscurezca bien aparecerán muchísimos, porque esta noche serena y calurosa se presenta muy propicia para ellos.

En efecto, a medida que las sombras se adensaban, multiplicábanse en el aire los errantes puntitos luminosos. Al cabo de un cuarto de hora se veía ya

tantos que su continuo chispear mareaba y enceguecía. Era como si el campo entero se hubiese constelado de pequeñas estrellas andariegas, que iban y venían sin pausas en todas direcciones, intercambiando guiños amistosos con las que titilaban en el cielo, cual si entre unas y otras tuviera lugar un feérico contrapunto de luces.

Tan fascinante y bello espectáculo ofrecían los inquietos cocuyos, que durante largo rato nos mantuvo en una especie de éxtasis a Blanquita y a mí, que lo presenciábamos por primera vez.

De pronto una de las luciérnagas se posó muy cerca del sitio donde ambos nos hallábamos. Y desde la verde hoja de geranio que le servía de sostén prosiguió luciendo, con destellos intermitentes, la luz verdosa de su farolito.

De inmediato corrí yo hacia ella, ávido por atraparla y examinar a mis anchas el prodigioso resplandor que irradiaba. Pero me contuvo el grito de alerta de mi pequeña amiga:

—¡Cuidado! ¡No la toques porque te puede quemar!

Todos los mayores rieron al unísono de la ingenua advertencia de la niña. Y luego Fausto, recogiendo el insecto con mucha delicadeza y colocándolo en la palma de su mano, nos explicó en el tono afable y

reposado de siempre que la luz de las luciérnagas era fría y, por lo tanto, no podía quemar; que aquel fulgor que expandía el abdomen del lampiro, y que parecía surgido de una brasa, era en realidad originado por una sustancia fosforescente, la cual durante el día pasaba desapercibida merced a la potencia de los rayos solares, pero por la noche podía resplandecer sin trabas, haciéndolo con mayor intensidad cuanto más densas fuesen las tinieblas.

—Retengan este insecto hasta mañana, dentro de una caja —terminó diciendo Fausto— y se convencerán de la verdad de mis palabras. Pero si lo retienen, será comprometiéndose a devolverle después la libertad.

Aceptamos, por supuesto, aquella condición. Y a la mañana siguiente, cuando abrimos el cucurucho de papel en que habíamos encerrado la luciérnaga, vimos con asombro que ésta habíase convertido en un cascarudillo insignificante, con las alitas listadas de marrón y blanco, bien distinto por cierto del prodigioso insecto que en la noche resplandeciera ante nosotros como una estrella viva.



LOS QUESOS CASEROS

—Ya se nos está terminando la provisión de quesos, señora —dijo Luisa una tarde, mientras servía la merienda a la sombra del gran higuerón del patio, donde acostumbrábamos a saborearla cuando el tiempo estaba bueno.

—Pues entonces mañana mismo habrá que comenzar a renovarla —contestó doña Ramona.

Y anticipándose al pedido de Blanquita, que abría en ese instante la boca para formularlo, añadió:

—Tú también harás tu quesito en el aro pequeño, como siempre. No creas que me he olvidado de tí.

—¡Qué alegría! ¡Qué alegría! —exclamó la niña al oírla, palmoteando gozosa.

—Y conste que te ofrezco la oportunidad de darte ese gusto en premio a tu conducta irreprochable —agregó doña Ramona—. Espero que continúes portándote siempre tan bien como hasta ahora, querida.

—Se portará, estoy seguro —intervino don Gumersindo, que acababa de acercarse a beber su tazón de leche cruda—. Blanquita es una niña ejemplar. No creo que haya otra como ella en todo el pago.

Así diciendo, pellizcó suavemente la mejilla y acarició el mentón de mi pequeña amiga, a la cual quería muchísimo.

Al día siguiente, muy temprano, comenzó la tarea. En el enorme balde lleno de leche fresca vertió Luisa dos cucharadas de cuajo líquido, mientras Encarnación limpiaba con meticulosidad los cribados aros de hojalata y la quesera de tablas, cubriendo luego la superficie de ésta con un trozo de lienzo. Y cuando, ya alrededor de las once de la mañana, la cuajada estuvo a punto, la propia doña Ramona, que tenía bien ganada fama de experta en la elaboración de quesos, la fue trasladando en pequeñas porciones al interior del aro grande. De tanto en tanto suspendía el trasiego para oprimir suave y repetidamente, con las palmas de las manos, la parte ya trasegada, a fin de que el suero, separándose de los coágulos, pudiera filtrarse a través de los diminutos orificios del molde, correr por la quesera en declive hasta su extremo más angosto, y caer dentro del latón colocado a tal efecto en el piso. Así iba formándose en el aro una especie de pasta cada vez más compacta, a la que doña Ramona agregaba nuevas porciones de cuajada cuando lo creía oportuno, para reiniciar de inmediato el trabajo de deshidratación.

Blanquita, por su parte, encaramada sobre un banco de ceibo para poder maniobrar mejor en la

quesera, realizaba faena idéntica en el aro chico. Y lo hacía, justo es decirlo, con un cuidado y paciencia impropios de su corta edad, que llamaban la atención a cuantos la veían trabajar. Mientras tanto, los dos corderitos guachos que estaba criando, y que la seguían a todos lados, sorbían con avidez el suero que caía dentro del latón.

Cuando los moldes estuvieron repletos de pasta bien exprimida tocó el turno al oreo, que insumió dos o tres días. En el ínterin, y con intervalos de varias horas, los quesos en ciernes fueron rociados en ambas caras con suero y agua salada, el primero para darles color, según me explicó doña Ramona, y la segunda para templarlos, proporcionándoles un sabor más agradable. Después se los colocó sobre el amplio y bien ventilado zarzo, que pendía del tirante de la despensa, a fin de que el aire y el tiempo cumplieran su misión de sazonarlos. Entre tanto, nuevos baldes de cuajada iban colmando los aros. Y nuevos quesos, de promisorio olor, se sumaban a los anteriores luego del expresado proceso de elaboración.

Cuando Blanquita partió el suyo, aproximadamente dos semanas más tarde, todos la felicitamos, porque estaba verdaderamente exquisito. Y ella, generosa y cordial como de costumbre, reservó varias tajadas para que también lo probaran los peones al volver del campo.



L A D U L C E R A

En las postrimerías del verano, cuando empezaban a amarillear los membrillos de la quinta, y el aire de las tardecitas se embalsamaba con su cordial fragancia, llegaba indefectiblemente a "El Totoral" doña Mariquita Medeiros, una gorda morena brasileña muy conocida en el pago, donde se la consideraba, y con muchísima razón, por cierto, verdadera especialista en la elaboración de dulces caseros.

Para Blanquita y para mí, sobre todo, la presencia de aquella mujeraza de retinta piel, siempre dicharachera y alegre, constituía un acontecimiento feliz en grado sumo, no solo por la halagüeña perspectiva de darle gusto al paladar que ella nos ofrecía, sino también por los buenos ratos que pasábamos a su lado, oyéndola contar graciosas anécdotas y fantásticas historias de hechicería, a las que sus teatrales gestos y su cómica mescolanza de vocablos portugueses y españoles, revestían de singular encanto.

A cargo de doña Mariquita estaba, por supuesto, la importante misión de hacer el dulce y la jalea de membrillos para el consumo de todo el año. Aquellos postres, al igual que la levadura para el amasijo, no faltaban jamás en "El Totoral". Era una tradición

familiar que venía perpetuándose desde muchas generaciones atrás, y que don Gumersindo respetaba y mantenía como algo sagrado, pues era un criollo muy fiel a las costumbres heredadas de sus mayores.

La propia morena elegía la leña destinada al enorme fuego que se encendía en mitad del patio, debajo de un frondoso higuerón. Un grueso tronco de coronilla —cuanto más cernudo mejor— era su trashoguero preferido. Y el espinillo y el guayabo, el pitanguero y el tala, la espina de la cruz y el viraró, conjuntamente con aquél, brindaban las fuertes y durables brasas que la cocción requería.

Luego de pelar y dividir en trozos de tamaño mediano los afelpados membrillos —faena en la que nosotros solíamos colaborar—, y de efectuar en la báscula de hierro el pesaje de frutas y de azúcar, a fin de no excederse en uno u otro ingrediente, doña Mariquita ponía a hervir el agua necesaria en un gran tacho de cobre, cuyos hermosos reflejos rivalizaban en color con los de los tizones crepitantes. Y después de echar en el recipiente los trozos de membrillo y el azúcar, antes de que el agua hubiese entrado en ebullición, comenzaba la paciente y continua tarea de revolver aquella mezcla, a cuyo efecto se había provisto de una larga cuchara de madera.

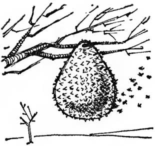
Al principio iba formándose dentro del tacho una masa blanquecina y espumosa, que disminuía de

volumen a medida que se evaporaba el agua. Después, poco a poco, aquella masa comenzaba a espesarse y a adquirir un color rojizo, cada vez más acentuado, en tanto que su superficie burbujeaba produciendo un sordo rumor.

La robusta morena, con la piel encendida y relumbrosa a causa del intensísimo calor producido por la hoguera, seguía revolviendo sin descanso el tacho, del cual emanaba fuerte y exquisito olor. Y cuando el dulce alcanzaba el "punto" que ella se había propuesto darle, íbale retirando gradualmente el fuego. La última etapa del trabajo consistía en envasarlo en latas de forma rectangular, donde, luego de haberse enfriado por completo, quedaba reducido a una masa dura y muy compacta, que podía cortarse en rebanadas con un cuchillo.

Con las semillas de los frutos, en otro tacho más chico, y también de cobre, elaboraba después la morena la translúcida y suave jalea de color rubí.

Blanquita y yo aguardábamos con indisimulada ansiedad el término de la labor. Y nuestras buenas razones teníamos para ello, pues cuando ya jalea y dulce, humeantes todavía, pasaban a colmar las latas donde serían conservados, tocábanos a nosotros el turno de regalarnos con la "raspa" de los tachos, que la buena de doña Mariquita nos reservaba siempre.



E L   C A M O A T I

—¡Cuidado con las avispas! —me previno Blanquita una mañana, apenas me levanté—. Están amontonadas en aquella rama alta, ¿las ves?, y parecen enojadísimas.

Miré hacia la copa del coronilla que indicaba la niña y pude distinguir el enjambre, que negreaba apeñuscándose en torno a un gajo del árbol, hasta formar una especie de bullente grumo, al que a cada instante se incorporaban nuevos miembros de la colectividad. Otros insectos, en cambio, se desprendían periódicamente del conjunto y comenzaban a revolotear por el contorno, con aire amenazador.

—No hay duda de que se han puesto furiosas —corroboré, aprestándome a huir de allí.

Pero Fausto, que acababa de oír nuestra conversación, se acercó muy tranquilo y sonriente y dijo:

—No tengan miedo, muchachos, que si no las molestan ellas tampoco les harán ningún daño. Son avispas de camoatí. Seguramente se trata de algún enjambre nuevo que viene a construir su nido en ese coronilla, y que si se agrupa y apretuja de esa manera, formando una especie de bola, como ustedes ven, lo hace para preservar de posibles riesgos a su

reina, oculta en el centro del núcleo. Fíjense como ya empiezan algunas a reunir material para la vivienda.

Y el viejo paisano nos señaló, al decir así, varias avispas que roían afanosamente la corteza de un poste del alambrado próximo. Luego nos indicó otros de los insectos, que hacían lo mismo con el estiércol seco diseminado en las inmediaciones. Allí pudimos observarlos mucho más de cerca, y por lo tanto mejor. Eran de un color gris muy oscuro, casi negro. Tenían un cuerpecillo fino, grácil y de armoniosas formas, y sobre el lomo lucían un dorado galón transversal. Al volar, producían sus pequeñas alas un zumbidito casi imperceptible.

—El estiércol y las partículas de madera que ahí están recogiendo las avispas —añadió Fausto—, amalgamados por un líquido viscoso que ellas segregan al masticarlos, forman la dura y consistente pasta de que está hecha la parte externa de los camoatíes. A los panales, en cambio, los construyen con una especie de cera que el mismo enjambre produce, pero que es muy inferior a la de las abejas. Y la miel que elaboran es más clara y de menor densidad que la de éstas, aunque muy aromática y de agradable sabor.

A partir de aquella mañana de setiembre, seguimos atentamente el proceso de la construcción del camoatí, que duró varias semanas. Después de ter-

minar su superficie gris clara, de contorno irregularmente redondeado, y más ancha en la base que en la cúspide, las avispas lo recubrieron de duros picos semejantes a espinas, lo cual le daba apariencia hostil. Y una vez finalizada dicha tarea, comenzaron a preparar los panales, de alvéolos bastante más pequeños que los que hacen las abejas, aunque de idéntica forma.

A principios de octubre la vivienda estuvo totalmente concluida. Y recién entonces dio comienzo el enjambre a la elaboración de la miel, que habría de servir de rico y nutritivo alimento a todos sus integrantes, como asimismo a las futuras crías.

Desde la salida del sol hasta la tardecita, iban y venían sin cesar las avispas, desplegando febril actividad. La primavera, que estaha ya en plenitud, provocaba en todas partes la eclosión de fragantes y llamativas flores, que ofrecían dulce néctar a aquellas trabajadoras incansables.

—Los camoatíes, al igual que las lechiguanas —nos dijo Fausto—, se ponen verdaderamente gordos en abril o mayo. Pero antes que destruirlos, condenando injustamente al hambre a esas avispas, que son un modelo de laboriosidad, es preferible quedarse con los deseos de probar su miel, ¿no les parece, muchachos?

Blanquita y yo asentimos, en un tácito acuerdo, comprendiendo que aquel noble paisano tenía razón, como siempre. Y transcurrieron los meses indicados sin que ninguno de nosotros experimentara siquiera la tentación de tocar el camoatí, pese a que ambos nos imaginábamos que sus panales estarían a la sazón rebosantes de dorada y exquisita miel.



LAS MARGARITAS ROJAS

En los últimos días de setiembre o los primeros de octubre, empezaban a aparecer en el campo, preferentemente sobre las zonas donde la tierra era más dura, árida y pedregosa, aquellas flores purpurinas de incomparable esplendor.

Al principio surgían espaciadas y tímidas, disimulando entre el verdor del pasto la redonda corola, como si temieran el retorno de los enemigos fríos invernales. Pero en cuanto la primavera intensificaba la fuerza y la luminosidad de sus soles vivificadores, erguíanse y multiplicábanse los delgados tallos, aparentando sentirse orgullosos del portento floral que sustentaban. Y una brillante alfombra carmesí, cada día más lozana, extendíase aquí y allá, alegrando y embelleciendo la llanura.

A Blanquita y a mí nos inundaba el corazón de júbilo la aparición de las margaritas rojas, cuyo color era tan vivo y atrayente que superaba al de la flor del ceibo, y aun al del encendido plumerillo que, por la misma época, empurpuraba las retorcidas ramas del "sucará".

Una de nuestras mayores diversiones era ir a recogerlas en enormes manojos, para obsequiárselas a la negra Encarnación, que sentía verdadera predilección por ellas.

La bonachona morena las ordenaba con paciencia y buen gusto en el florero de loza del comedor, no sin antes haber azucarado el agua, según aconsejaba la experiencia criolla. Abrigaba la esperanza de que, mediante tal procedimiento, las espléndidas margaritas pudieran conservar más tiempo su lozanía. Pero el intento resultaba siempre vano, ya que al cabo de muy poco rato aquellas flores salvajes, que sólo podían mantener su plenitud y su fúlgido colorido viviendo al sol y al aire, se empezaban a amustiar e iban perdiendo uno tras otro sus pétalos, ya empalidecidos a causa de la sombra reinante en la habitación.

Igualmente eran estériles los esfuerzos de Encarnación por trasplantar margaritas rojas al jardín de la estancia. Muchas veces en el transcurso del otoño —que es la época del año propicia a tal operación— la vimos salir al campo, provista de una pala, y retornar con cinco o seis terrones grandes y cuadrados, en el centro de cuya cara superior asomaban las minúsculas plantas. Y aunque las insertaba cuidadosamente en los canteros triangulares del frente

de la casa, y abonaba y regaba con paciencia la tierra, aquellas plantas se secaban y no volvían a brotar jamás.

—No pierda el tiempo en trabajo tan inútil, doña Encarnación —aconsejóla Fausto una mañana, viéndola insistir en el trasplante—. Esa flor es igual que el arazá y la flechilla, que sólo crecen en tierras vírgenes, pobres y de escasa humedad. Los jardines no sirven para ella. ¿No ha observado que prospera con mayor facilidad al borde de los caminos, donde el suelo se mantiene más seco, y es por lo tanto más duro? ¿Y no le parece que luce mucho mejor y hace más falta allí que entre geranios, rosas y claveles?

—Pero es que a mí me gusta con pasión la margarita roja...

—Que no se llama así, por otra parte —interrumpió mi amigo—, sino que su nombre verdadero es verbena, lo mismo que el de esa otra flor lila que también crece en el campo, y de la que sólo difiere en la tonalidad y en la fragancia. Hay además otra variedad de color blanco, muy hermosa y llamativa también, aunque mucho más escasa que las anteriores. Pero todas son verbenas, a pesar de que a ésta que a usted tanto le gusta, se acostumbre a distinguirla con el nombre de margarita.

Años después, los textos de botánica me demostraron que Fausto tenía razón. Al igual que la blanca y la lila, aquella rutilante flor de púrpura se llamaba verbena. Y si al evocarla ahora en estas crónicas digo margarita, es porque así continúan nombrándola las gentes de nuestro campo, y porque con esa denominación la conocí de niño, cuando el esplendor de sus bellos corimbos carmesíes provocaba en mi pecho una eclosión de eufórico optimismo.

LA CRECIENTE

Una tardecita de fines de agosto, los cerdos empezaron a revolverse con visible inquietud en el chiquero, gruñendo de continuo y hozando entre las embarradas pajas y chalas de maíz que les servían de yacija.

En el horizonte, hacia el Este, formáronse poco a poco algunos nubarrones pardos, que luego se fueron ensanchando hasta cubrir completamente el cielo, arreados por el húmedo viento que soplaba desde aquella dirección.

Un enjambre de "aguaciles" apareció en el aire, zigzagueando, sin que nadie hubiera visto de donde procedía. Y bandadas de pájaros surcaron el espacio en vuelo rápido, buscando la protección del monte, cuyo verdor habíase oscurecido de súbito.

—Esta que se nos viene encima no va a ser una lluvia pasajera —pronosticó Fausto Ruiz luego de echar un vistazo al firmamento, que ya se estaba tornando de un color violáceo—. Me atrevo a asegurar, sin temor a equivocarme, que tendremos temporal. ¡Y de los buenos!

Efectivamente, el vaticinio de mi amigo se hizo realidad. A la caída de la noche comenzó el aguacero,

precedido por escasos relámpagos, y sin que el trueno turbara, con su ronco vozarrón, el repiqueteo constante de las gotas sobre el techo de zinc.

Llovió hasta el mediodía siguiente sin cesar, con ritmo intenso y firme. El arroyo, alimentado por el aporte continuo de cañadas y zanjones, hacia los que afluía en avalanchas la enorme masa de agua caída sobre el campo, comenzó a salir de madre y a inundar la costa, ofreciendo un espectáculo imponente y magnífico a la vez. Y en todo el contorno de la estancia resonaba sin treguas el coro alborozado de las ranas, que croaban en los más variados tonos: unas, con melodioso acento de ocarinas; otras, con limpia y penetrante voz metálica, como la de los címbalos; y la mayoría con ese sonido grave, bronco y áspero, que semeja el registro bajo de los acordeones.

No había escampado aún cuando los peones del establecimiento, cubiertos por sus gruesos ponchos impermeables, salieron a recorrer el campo, cumpliendo órdenes del capataz Umpiérrez. Este temía —y los hechos se encargaron muy pronto de darle la razón— que el temporal hubiera aislado algún grupo de ovejas en una loma arbolada, próxima a la costa, donde la majada acostumbraba a pernoctar, y que el arroyo, al desbordarse, rodeaba con sus aguas, convirtiéndola en una especie de islote.

Cuando regresaron, casi al oscurecer, después de haber puesto a salvo, tras infinitos esfuerzos no exentos de peligro, a los animales que, tal como habíalo supuesto Umpiérrez, quedaron prisioneros en aquel lugar, los cuatro hombres estaban literalmente empapados, y en sus curtidos rostros se advertían las huellas de la fatiga. Pero no tardó en reanimarlos el sabroso olor que salía de la cocina, donde la buena negra Encarnación los esperaba con una fuente colmada de ricas tortas fritas.

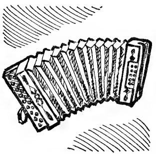
Sebastián y Ruperto habían traído sobre sus caballos dos corderitos recién nacidos —era aquella la época del año en que las ovejas daban cría—, a los cuales el frío y la humedad paralizaran las patitas, aún demasiado tiernas.

De inmediato Blanquita tomó a su cargo la tarea de cuidar y proteger a los azorados y débiles animalillos, que tiritaban emitiendo baliditos lastimeros, casi inaudibles ya.

Con la exquisita sensibilidad y la conmovedora ternura que eran en ella habituales, corrió a buscar una vieja frazada de lana con la cual los cubrió amorosamente, acercándoles después a la lumbre del fogón, para que así pudieran desentumecer más pronto sus miembros ateridos. Y una vez recuperados, fue con ansiosa presteza a preparar biberones para alimentarlos, noble función que cumplió acompañán-

dola de palabras dulces y de efusivas caricias, que los corderitos parecían querer corresponder a su modo, contemplándola largamente con sus pupilas húmedas y tiernas, mientras se acurrucaban mimosos en la tibieza del regazo infantil.

Algunos días más tarde, fuera ya por completo de peligro, los dos nuevos guachitos seguían de la mañana a la noche los pasos de la niña, retozando alegremente. Y ella, viéndolos a salvo, sentíase también poseída de una inmensa dicha.



E L   A C O R D E O N I S T A

Cuando Blanquita y yo veíamos aparecer a lo lejos, sobre lo alto de una loma donde el camino público entroncaba con la ondulante senda que conducía a la estancia, la inconfundible silueta del negro Laudelino, cabalgando en su picazo bichoco, tan lerdo como un buey, nos poníamos a palmotear alborozados.

Porque aquel viejo moreno bonachón, que debido a su origen brasileño se expresaba en una jerga bilingüe, salpicada de giros pintorescos, nos traía el siempre grato regalo de la música. Y aunque su repertorio no era por cierto muy variado, ni eran tampoco muy brillantes sus dotes de acordeonista, oirle hacer resoplar su ronco instrumento resultaba un verdadero placer para los moradores de "El Totoral", que rara vez teníamos oportunidad de escuchar algo mejor.

Apenas llegada la noche nos reuníamos todos en la espaciosa cocina de la estancia, formando atenta rueda en torno a Laudelino, el cual, asumiendo un cómico aire de persona importante, gozábase en prolongar nuestra ansiosa expectativa con aprontes deliberadamente lentos, ya iniciando preludios que interrumpía de súbito para volver a empezarlos, ya

repitiendo hasta el cansancio idéntico rezongo de los bajos, ya haciendo correr los dedos por las teclas en continua sucesión de escalas descendentes y ascendentes, como si de tal manera se propusiera demostrar su agilidad y destreza.

—No se haga rogar tanto, don Laudelino —decíale al fin, con mal disimulada impaciencia, alguno de los peones—. A ver si se decide de una buena vez y toca alguna cosa en serio.

—Aquella rancherita tan linda, por ejemplo — solía agregar Ruperto, que era quien solicitaba generalmente el mayor número de piezas.

—¿Cuál es la que dices tú, rapaz? — preguntaba el músico, fingiendo no recordarla.

—¿Cómo cuál? La única que usted sabe...

Y entre un gran coro de risas, a las que el propio acordeonista sumaba sus ruidosas carcajadas, daba éste comienzo a la ranchera, de sencilla y pegadiza melodía.

Venían después las milongas machaconas, los estilos quejumbrosos, las repicadas "maxixas" brasileñas y los festivos gatos, terminando indefectiblemente el programa con los familiares y rítmicos compases del pericón nacional.

El acordeón de Laudelino era un antiguo instrumento de teclado simple, con fuelles deteriorados

por el uso, que a ocasiones poníase a jadear penosamente, cual si sufriera de asma. Tales contratiempos afligían en extremo al músico, que sin darse cuenta comenzaba a resoplar a su vez, abriendo mucho la boca, como si a él también el aire le estuviera faltando. Pero, por fortuna, las fallas en cuestión solían ser momentáneas. Y no bien el acordeón normalizaba sus sones, volvía a retozar el júbilo en los ojos del ejecutante, que se sentía dichoso de poder seguir brindándonos las no muy abundantes piezas de su repertorio.

Mientras Laudelino permanecía en la estancia, repetíanse noche a noche aquellas agradables veladas musicales, que algunas incidencias cómicas como las citadas solían matizar.

Y cuando el viejo acordeonista volvía a ensillar su picazo y se lo llevaba nuevamente el camino, no se nos iba del todo, sin embargo, pues durante semanas enteras seguía viva en nuestro recuerdo su simpática estampa, en tanto que el silbido de los peones, del capataz Umpiérrez, y a menudo del propio don Gumersindo, prolongábanos en los oídos, de la mañana a la noche, las ingenuas cadencias musicales que su acordeón asmático nos había brindado.



E L   N A R R A D O R

Otro de los personajes interesantes que visitaban periódicamente "El Totoral" era Malaquías Carreño, un viejo criollo alto y fino como un junco, de ojos vivarachos que relampagueaban sin descanso bajo las peludas cejas blanquecinas, de gran nariz aguileña, mejillas hundidas y pómulos salientes, cuya figura tenía mucho de quijotesca.

Aunque ya octogenario, o poco menos, conservaba aún don Malaquías, en la plenitud de su vigor, la prodigiosa memoria que le había dado justa fama en el contorno, y gracias a la cual podía relatar, detalle por detalle y sin equivocarse nunca en lo más mínimo, hechos acontecidos en épocas ya remotas.

Pero el mérito principal del anciano no consistía en su capacidad de retentiva, con ser ésta tan notable, sino en su sabrosa y particularísima manera de narrar.

Porque don Malaquías era, por encima de todo, un narrador. Y un narrador realmente extraordinario, dotado a tal efecto por la naturaleza en forma asaz generosa.

Con el graficismo de sus descripciones, con la bien dosificada y siempre oportuna aplicación de las pausas —cuya finalidad era (ahora lo comprendo)

separar y acentuar los distintos períodos del relato—, con la variadísima gama de tonos de su voz varonil, sonora y cálida, que los años no habían logrado deteriorar, y que él sabía trasladar gradualmente desde lo patético hasta lo hilarante, dando siempre el matiz justo de emoción o de misterio, de ironía o de malicia que cada episodio narrado requería, lograba el viejo paisano mantener siempre viva y en suspenso la atención de su auditorio.

—Cuéntenos alguna de esas historias tan lindas que usted sabe, don Malaquías — solicitábanle los peones de la estancia apenas se formaba, en derredor del fogón, la habitual rueda del anochecer.

—Con mucho gusto, muchachos —respondía Carreño, sonriente, mientras se atuzaba con parsimonia el bigote, de pareja blancura—. Pero díganme primeramente qué clase de historia quieren que les relate. ¿De guerra, de fantasmas o de hadas? ¿O acaso alguno de los tantos cuentitos de Juan el Zorro y su padrino el Tigre que aprendí de mozo, en mis andanzas por distintos pagos, oyéndolos de boca de aquellos criollos del tiempo antiguo, que daba gusto oir hablar?

—¡De guerra, de guerra! —reclamaban a dúo Ruperto y Sebastián, siempre dispuestos a admirar el valor y la destreza de los gauchos que protagonizaban tales narraciones.

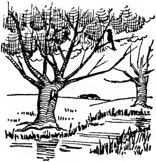
—De hadas, porque enseñan a los niños a ser buenos y tienen todos un desenlace feliz — pedía a su vez Blanquita.

—De Juan el Zorro, que son los más graciosos— solicitaba por su parte Pedro, al que apoyábamos el capataz y yo.

—Déjenlo que él relate lo que mejor le parezca —intervenía entonces Fausto—. Pero entone primero la garganta con un amarguito, don Malaquías.

—Bueno, tengan paciencia y pongan atención, que habrá relatos para todos los gustos — aseguraba finalmente el narrador.

Y luego de armar despacio un cigarro de tabaco negro, darle fuego con el tizón recogido a tal efecto, y chupar con fruitiva lentitud el mate espumoso que le alcanzaba Fausto, cebador incomparable, comenzaba Carreño la serie de magníficos cuentos que quienes le rodeábamos oíamos boquiabiertos, viviendo como propias las aventuras de los distintos héroes que los protagonizaban, y que el viejo narrador sabía describir en forma magistral.



E L A Z U L E J O

Ibamos llegando ya al matorral de sarandíes que se apretujaba sobre la barranca, y cuya ramazón más baja cubrían las aguas del rumoroso arroyo, cuando oí el alegre canto de un pájaro nunca escuchado hasta entonces.

Fausto, que me observaba de soslayo, dióse cuenta al instante, con su característica perspicacia criolla, de que aquel gorjeo me había llamado poderosamente la atención.

—¿Qué te parece, pueblerito? Canta muy bien, ¿no es cierto? — me preguntó sonriendo.

—A mí por lo menos me gusta mucho — repuse.

—Y a mí también, te lo aseguro. Cada vez que lo oigo se me llena el corazón de alegría. Me ocurre exactamente lo mismo que cuando escucho repiquetear a un hornero. ¿Y sabes tú qué pájaro es el que está cantando? Apuesto a que lo ignoras.

—Por supuesto que sí. Quisiera saber el nombre de ese pájaro, y sobre todo verlo, si eso fuera posible.

—Claro que lo es, muchacho. Se llama azulejo, y su plumaje te va a gustar sin duda mucho más

que su canto, pues se trata de una de las aves más hermosas que habitan en los montes de nuestro país. Míralo: allí lo tienes.

En ese instante, efectivamente, revoloteó sobre el arroyo, a pocos metros de altura, para atrapar un insecto, y retornó presto al sarandizal, posándose sobre una de sus ramas superiores, como para que pudiéramos contemplarlo a nuestras anchas.

Fausto tenía razón en lo que acababa de decirme. Era un pájaro bellísimo, de un color azul cambiante, con tonalidades glaucas, que se oscurecía hasta confundirse con el negro en las alas y la cola. Sus patitas y su corto pico relucían como el charol. Y de los vivaces ojillos emanaba una alegría contagiosa, como la de su canto.

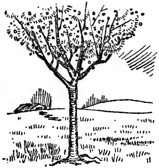
De pronto, con destreza admirable, dio caza a otro insecto que pasaba por el lugar, en vuelo zigzagueante. Pero en vez de devorárselo, como al anterior, emitió un trino brevísimo al que respondió casi de inmediato otro similar. Saltando de una rama a otra, casi sin producir ruido, un nuevo pájaro, de color acanelado, ascendió por entre los sarandíes para reunirse con el primero, que luego de amorosos arrumacos le depositó en el pico, con ejemplar dulzura, el bocado que a ese fin reservara.

—Esa es la hembra —advirtióme en voz baja Fausto—. Seguramente que ya habrán hecho por aquí

su nido. Trataré de encontrarlo, para que puedas apreciar lo bien que lo construyen.

Conocedor cabal de las costumbres de aquellas aves —pertenecientes a una especie que escasea ya en nuestros montes, según me dijo más tarde, y a la que suele confundirse con otras denominadas cielito y azulito—, no demoró mucho tiempo mi viejo amigo en lograr la que se proponía. Oculto entre lo más espeso de la fronda estaba el nido de los azulejos, habilidosamente recubierto en su parte externa con pajas y tallos de pastos secos, y en la interior con una mezcla de lana y cerdas que lo hacían mullido y confortable. Dos huevecillos azulados, que lucían en ambos polos unas pequeñas manchas de color marrón claro, ocupaban el fondo de la primorosa vivienda.

—Es posible que todavía ponga la hembra algún otro —opinó Fausto—. Por lo general, alcanza a cuatro el número de los que incuba. Pero, sea como sea, dentro de unos doce o catorce días, más o menos, tendremos nuevos azulejos para alegrar el monte con su canto y con su lindo plumaje.



E L C H A L C H A L

Durante la mayor parte del año, este árbol de recto tronco cubierto por una corteza fina y suave —muy parecida a la del pitanguero—, de madera rojiza y compacta, de hojas lanceoladas y minúscula flor entre blanquecina y verdosa, apenas perceptible dentro del follaje, pasaba poco menos que desapercibido a nuestros ojos, no obstante ser numerosísimos los ejemplares de su especie que integraban el ancho y nutrido monte del arroyo Otazo, en campos de "El Totoral".

Pero apenas llegaba el mes de diciembre y comenzaban a madurar sus frutos, transformábase de manera notable, adquiriendo un aspecto hermoso y llamativo, que no poseía por cierto ninguno de los otros árboles que lo rodeaban.

Era como si la naturaleza, que habíale negado la prestancia y reciedumbre del cernudo coronilla, la majestuosa corpulencia del viraró y el esplendor floral del ceibo, por ejemplo, se hubiera propuesto resarcirlo entonces de la ausencia de tales atributos, engalanándolo con millares de redondas bayas rojas, de un rojo detonante, mucho más intenso y vivo que el de las propias cerezas, a las cuales se asemejaban

por su forma esférica, aunque eran un poco más pequeñas.

Con tan extraordinaria profusión solía fructificar aquel árbol aborigen, que contemplado desde lejos, y a la luz del luminoso sol estival, daba a veces la impresión de que sus ramas estaban prácticamente cubiertas de rubíes.

Atraídos por la tentación de los vistosos frutos, acudían en bandadas los pájaros a saborearlos. Cardenales cuyo encendido penacho rivalizaba en esplendor con ellos, tordos de negrísimo plumaje y ariscos "siete-vestidos" —allá les llamábamos "siete-colores"—, zorzales de dulce silbo, alborotadores espineros, benteveos y azulejos, mistos y federales, disputábanse el placer de hundir sus picos en las pequeñas bayas purpurinas. Y las avispas de camoatí y de lechiguana, participando a su vez de aquel festín, roíanles pacientemente la delgada corteza para extraerles el dulcísimo jugo, tarea que compartían con los "guitarreros" de rutilantes alas celestes y largas antenas rojizas, con borlas como de terciopelo negro.

Pero no solamente las aves y los insectos se regalaban con la ofrenda generosa de aquel árbol fecundo, cuyos frutos eran gratos también al paladar del hombre.

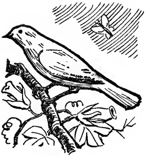
Los peones de "El Totoral", cada vez que tenían que ir al monte durante el mes de diciembre, ya fuera

en procura de leña, o de agua, o por otros motivos de trabajo, aprovechaban la oportunidad para darse un hartazgo de chalchales maduros.

A Sebastián, sobre todo, gustábanle muchísimo. Los juntaba en sus manazas anchas y callosas y luego, para aplacar mejor la sed, según decía, se los iba echando a puñados dentro de la boca, con gozosa e incontenible avidez.

Blanquita y yo, por nuestra parte, si bien teníamos preferencia por las renegridas pitangas, o por los aromáticos frutos amarillos del arazá del campo —que también maduraban por aquella época—, no éramos tampoco insensibles, claro está, al placer de paladear el dulcísimo —aunque un tantillo astringente— jugo de los chalchales.

Y cuando Fausto, o algún otro de los peones, nos llevaba consigo al monte, disfrutábamos a nuestras anchas del agreste sabor de aquellas esferillas tentadoras, que relucían entre el verde follaje de los árboles, y que con su pulpa zumosa y siempre fresca —por más que picara el sol— nos teñían de un carmesí vivísimo los labios y las manos.



L A V I U D I T A

Desde que la vi por primera vez cierta mañana de octubre, en las proximidades de la estancia, revolotear bajo el alegre sol primaveral, se convirtió en una de mis aves preferidas.

Llamáronme vivamente la atención su blanquísimo plumaje, sobre el que resaltaba la orla negra del borde de las alas —a la cual debía el nombre—, sus patitas relucientes como el charol y sus ojos de un suave tono de grosella madura.

A partir de entonces, solo o en compañía de Blanquita, que también admiraba profundamente su pureza y su gracia, pasaba con frecuencia largos ratos observando los movimientos, actitudes y costumbres que caracterizaban a la simpática viudita.

Así pude apreciar que aquel solitario pajarillo gustaba posarse habitualmente sobre los hilos de los alambrados, donde permanecía inmóvil durante mucho tiempo, cual si estuviera durmiendo o meditando. Pero de pronto se elevaba en zigzagueante vuelo para atrapar algún insecto minúsculo, perceptible tan solo para su aguda vista. Y cumpliendo aquel imperativo de su naturaleza, volvía a posarse treinta o cuarenta me-

tros más lejos, siempre sobre los alambres, y retornaba a su anterior quietud.

Cuando llegaba la época de la procreación buscaba su pareja, y luego el casal se dirigía a los bañados o esteros para construir el nido, esforzándose por ocultarlo, lo mejor posible, entre los matorrales de juncos o espadañas, totoras o pajas bravas.

Una vez terminada la vivienda, ponía la hembra en ella sus huevecillos —casi siempre dos— y dedicábase pacientemente a la natural tarea de incubarlos, que insumía alrededor de dos semanas. Después, ya nacidos y criados los polluelos, íbanse éstos al encuentro de su propio destino, mientras que padre y madre, por su parte, reintegrábanse a sus apostaderos predilectos del campo.

Cuando, en los días de lluvia, oíase cantar a aquella avecilla por lo general silenciosa —si canto podía llamarse a su "rinrrín" monocorde—, aseguraba sin titubeos la negra Encarnación:

—Hará buen tiempo mañana, porque la viudita nunca se equivoca.

Y el día siguiente, en efecto, amanecía con sol radiante y cielo despejado, confirmando el pronóstico.

—¿Cómo es posible que un pájaro pueda saber con anticipación los cambios atmosféricos? — pregunté cierta vez ingenuamente a Fausto.

Y el bondadoso paisano, riendo sin malicia de mi candidez infantil, me respondió:

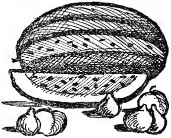
—Ni los sabe, amiguito, ni pretende anunciarlos. Lo que ocurre es que cuando la lluvia toca a su término, se pone en movimiento una gran cantidad de insectos voladores, de los cuales se alimenta la viudita. Y entonces ella, feliz ante la perspectiva de una buena caza, manifiesta su alegría por medio de ese cantito sencillo pero agradable, que sólo en tales circunstancias entona.

Más tarde pude verificar personalmente la exactitud de las palabras de Fausto, que, como todas las suyas, eran fruto de una atenta observación y de una larga experiencia.

Pero aparte de su fama de mensajera del buen tiempo, que tanto aprecian los criollos, gustábame la viudita por su confiada mansedumbre y su aire pensativo. Y, más aún, por la impresión de candor y de pureza que producía su plumaje impoluto.

Y cada vez que la veía albear como un jazmín, o como un copo de nieve volandera, recordaba esta cuarteta que me había enseñado Encarnación:

Ni la mejor lavandera
se compara a la viudita,
que nunca lava su ropa
y está siempre tan limpita.



E L F R U T E R O

Cada vez que Blanquita o yo veíamos aproximarse a la estancia el carro destartalado y chirriante de don Zenobio Caldas, propalábamos por todos los rincones de la casa la grata novedad, acompañando nuestros gritos estentóreos con palmoteos de gozo que, como se verá más adelante, tenían su razón de ser.

Después, cogidos de la mano, corríamos risueños al encuentro del antiguo vehículo, pregustando el sabor, para nosotros siempre delicioso, de las frutas que transportaba su caja de madera dura.

El bueno de don Zenobio detenía al vernos, con suave tirón de riendas, el manso caballejo zaino que tiraba del carrito, y nos alzaba entre sus brazos, todavía musculosos y fuertes, sentándonos junto a él, en el pescante. Luego, bromeando con paternal dulzura, cubríanos los ojos, cuidando de que no fuese muy rudo el apretón de sus encallecidas manos de fruticultor, y nos preguntaba:

—¿Qué traigo hoy, muchachos? Si aciertan en seguida, sin vacilaciones, les daré un buen anticipo como recompensa.

La respuesta resultaba siempre exacta, pues tanto Blanquita como yo, antes de subir al carro, ya

sabíamos bien, por el aroma que de allí se desprendía, qué variedades de frutas integraban la carga. Y el anciano frutero, plenamente seguro de que acertaríamos, sumaba la suya, ronca y estridente, a nuestras triunfales risas infantiles, mientras procedía a entregarnos el prometido anticipo.

Además de aquella orientación olfativo, poco menos que infalible, la época del año servíanos de guía en caso de tener alguna duda. Porque si la llegada de don Zenobio acontecía en verano, su carga consistía, según el mes, en grandes duraznos priscos de suavísima felpa, o prietos racimos de uvas "brasileras", o manzanas de tentador aroma y purpurina corteza, a las cuales solían sumarse rezumantes peras "de agua". Y si la visita tenía lugar en invierno, alegraban nuestros ojos y regalaban nuestro paladar las naranjas color oro, las sucosas limas pálidas y las mandarinas de dulzor y de fragancia impares.

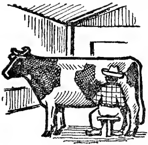
La quinta de frutales de don Zenobio Caldas era famosa en muchas leguas a la redonda, por la variedad y calidad de sus productos. Y hasta se afirmaba que, entre cuantas había en el Departamento de Treinta y Tres entero, muy pocas resultarían capaces de afrontar un parangón con ella.

Criado en el hogar de un matrimonio italiano, para el cual el cultivo de los árboles no tenía secretos, el bondadoso frutero criollo había aprendido desde

muy pequeño a trabajar la tierra con amor y esperanza, a combatir los enemigos naturales de las plantas, a preparar fertilizantes y emplearlos en la época precisa, a efectuar injertos y acodos, podas y trasplantes con singular pericia. Y, sobre todo, a realizar su labor con esa paciencia, ese esmero minucioso y esa tenacidad inquebrantable en que descansa el éxito del buen fruticultor.

Siempre que se efectuaba en el pago alguna reunión pública, ya fuera motivada por bautizos colectivos, pencas, corridas de sortija, etc., allí estaba don Zenobio con su carrito de quejumbroso eje, que llegaba cargado hasta los bordes y retornaba vacío, ya que muy pocos eran capaces de permanecer insensibles a la vista del tesoro vegetal, fragante y salutífero, que con calmosa voz, y sin otros intervalos que los necesarios para liar algún cigarro de tabaco negro en chala de maíz, pregonaba el simpático frutero:

—¡Duraznos baratos!... ¡Sandías especiales, de semilla negra! ¡Brevas frescas y dulces como la miel!...



LOS ORDEÑADORES

Alboreaba recién cuando Blanquita me despertó, gritándome con impaciencia mientras golpeaba en la puerta de mi habitación:

—¡Levántate, pueblerito haragán, que ya empezaron a ordeñar los peones hace un buen rato!

Entre sueños aún, recordé entonces que la tarde anterior Fausto Ruiz habíanos prometido, a la niña y a mí, enseñarnos a realizar aquel trabajo, el primero de cuantos efectuábanse diariamente en "El Totoral".

Salté a prisa del lecho, un tanto avergonzado por haberme dormido, y apenas me vestí fui corriendo a reunirme con mi compañerita.

Una vez llegados ambos al corral, nos sorprendió gratamente el espectáculo que se ofrecía a nuestros curiosos ojos. Entre un coro de mugidos de variadísimo tono se apretujaban las vacas llamando a sus terneros, que separados de ellas por tenso cerco de alambres rebullían sin descanso, ávidos por succionar la repleta ubre materna.

—¡Se les pegaron las sábanas, muchachos! —bromeó Fausto al vernos—. Pero todavía llegan a tiempo. Si quieren aprender a ordeñar como es debido, fíjense bien en lo que hacemos nosotros.

En ese momento Sebastián, Ruperto, Pedro y él, estaban "apoyando" cada cual una vaca, tarea que consistía en permitir que el ternero comenzara a mamar, para desviarle al instante la boca de los pezones maternos con un empujón enérgico. Merced a ese procedimiento, repetido varias veces, se conseguía que la leche descendiera en forma natural y continua desde el interior de la ubre, respondiendo a la succión de la cría.

Después, acuclillándose y presionando con rapidez y destreza las glándulas mamarias, los cuatro hombres fueron haciendo brotar el blanco líquido en chorros largos y firmes, que producían un alegre sonido al caer dentro de los grandes baldes de latón.

Cuando las ubres se tornaron fláccidas y la fuerza del lácteo chorro comenzó a decrecer, desmanearon las vacas y permitieron mamar a gusto a los terneros, para los cuales había quedado reservada la necesaria dosis de alimento.

Otras cuatro lecheras sucedieron a las recién ordeñadas. Y así prosiguió el trabajo, que los peones efectuaban con tanta pericia como buena disposición de ánimo, cambiando entre sí alegres bromas y celebrándolas con sonoras risas.

Con las dos últimas vacas —las más mansas y "blandas", como decía Sebastián— iniciamos nosotros el aprendizaje. Al principio, y pese a las repeti-

das y pacientes indicaciones de Fausto, ambos oprimíamos en vano las elásticas glándulas. Ni una sola gotita de leche se asomaba a ellas. Pero de pronto, entre los aplausos y las palabras de aprobación de los peones, logró Blanquita la anhelada conquista.

—¡Te gané, pueblerito! ¡Y eso que soy mujer y más pequeña que tú! —exclamó alborozada la niña cuando vio que el cantarino chorro hacía irrupción en el jarro.

—¡Qué vergüenza! —opinaron casi simultáneamente Ruperto y Pedro, cambiando entre ellos guiños de malicia.

Yo, con el rostro encendido y mordiéndome los labios, seguí presionando en silencio la ubre de mi vaca. Y unos segundos más tarde pude realizar a mi vez la hazaña que acababa de cumplir Blanquita, siendo igualmente aplaudido por ésta y por los cuatro peones.

Cuando finalizó la prueba, a mi amiguita y a mí nos dolían las muñecas y las manos a consecuencia del inusual esfuerzo. Pero la tibia y espumeante leche, que desbordaba los jarros esmaltados, nos resultó aquella mañana más sabrosa que nunca.



E L   B U R U C U Y A

—¡Mira qué flor espléndida! —me gritó cierta mañana de primavera Blanquita, que regresaba del monte en compañía de la negra Encarnación—. ¡Nunca había visto otra tan extraña y hermosa!

Al oirla hablar corrí presto a su encuentro, picada mi curiosidad por las entusiastas palabras de la niña.

—Tienes razón, es bellísima. Y no se parece absolutamente en nada a las demás —aprobé al ver la flor que ella sostenía, con suma delicadeza, entre el pulgar y el índice, cual si temiera dañarla con el solo contacto de su pequeña mano.

No poseía colores llamativos la extraña flor de marras. Por el contrario, sus tonos eran suaves y tiernos. Pero su aspecto atraía de inmediato la mirada con fuerza irresistible, tal vez por eso mismo. Y acaso también por la forma originalísima de que la naturaleza habíala dotado.

En el centro del redondo cáliz, contorneado por un perfecto círculo marrón, y cuya superficie era completamente plana, se erguía un gracioso pistilo con el

embrión del fruto ya insinuado en el extremo superior, y como protegido por cuatro estambres de mayor longitud, en las anteras de los cuales se acumulaba un polen dorado y aromático. Y toda la corola aparecía revestida de rectos y finos hilos de un color lila claro, iguales en tamaño, que partiendo de su punto de unión con el pedúnculo se proyectaban de armoniosa manera hacia los bordes de la flor, dándole la apariencia de un minúsculo sol de rayos tenues y lánguidos, que se estuviera apagando en una penumbra azul.

—¿Te gusta esa flor, muchacho? —me preguntó Fausto Ruiz, que pasaba en ese instante a nuestro lado, y que se detuvo también a contemplarla, atraído por la singular belleza de aquel prodigio vegetal.

—Muchísimo. Me parece realmente maravillosa.

—Si quieres te llevaré esta tarde al monte, para que conozcas la planta que la produce.

—Por supuesto que sí.

—Pues iremos entonces. Casualmente tengo que traer un poco de leña para el consumo. Hace días que Encarnación me la viene reclamando.

—¡Sí, ya es tiempo de que lo haga, haragán viejo! —terció la bondadosa negra, que gustaba intercambiar con mi amigo bromas inocentes—. Usted sabe que me quedan apenas unas charamusquitas.

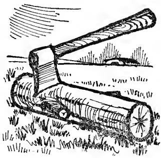
—Y las brasas de sus ojos, que no se apagan nunca, doña Rezongos — repuso Fausto sonriendo.

Después del almuerzo y de la breve siesta cotidiana, fui con mi amigo en busca de la planta que producía aquella rara flor. Era una enredadera de hojas digitilobadas, cuya forma hacía pensar en los dedos abiertos de una mano. Se había extendido por entre la ramazón de un viejo tala hasta asomar triunfal encima de la copa, que cubría casi enteramente con sus múltiples guías. Un verdadero enjambre de mangangáes y mariposas revoloteaba en torno de sus flores, de las que el sol hacía brotar cálida y grata fragancia.

—A esta planta los indios guaraníes le llamaban mburucuyá —me explicó Fausto—. Y también se la conoce por pasionaria. El mangangá la prefiere porque encuentra en sus flores néctar dulcísimo y abundante polen. Y la mariposa, porque sus hojas, en las cuales desova, constituyen el alimento preferido de las larvas. Los frutos del burucuyá son comestibles, aunque algo empalagosos, y con ellos se hace además, estando apenas pintones, un dulce de exquisito sabor. Cuando maduren, a principios de diciembre, te traeré a que los pruebes.

Llegó el mes indicado y fuimos de nuevo al monte. La enredadera lucía entonces unos hermosos

frutos amarillos, del tamaño y la forma de las ciruelas. Partí uno de ellos y empecé a saborearlo despacito. Era tan dulce que empalagaba, en efecto. Pero sus semillitas revestidas de una pulpa jugosa y de color rojo intenso, como las de la granada, resultaban para los ojos un regalo magnífico.



LOS MONTEADORES

—¡Ya empezaste a aflojar, viraró viejo! —exclamó triunfalmente Marcial Rojas al oir los crujidos del añoso tronco, anunciadores de un derrumbe que no habría de tardar en producirse—. Bien dice el refrán criollo que a la larga no hay tiento que no se corte ni duro que no se ablande.

Unos diez metros más lejos su compañero, Teófilo Barragán, sostenía recia lucha con un coronilla que aún no daba señales de rendición.

Las hachas caían con fuerza y en golpes alternados, desde arriba hacia abajo, desde abajo hacia arriba, según aconsejaba la experiencia de muchos años de oficio. Pero siempre hiriendo al sesgo y sin desviarse ni una sola vez del tajo, lo cual constituía prueba por demás elocuente de la pericia de ambos monteadores. Del otro lado del arroyo, el eco repetía como en son de burla cada hachazo. Los pájaros, alarmados por aquel estrépito, huían a posarse en árboles distantes. Y las alimañas montaraces escondíanse entre lo más tupido y hondo de sus madrigueras.

De rato en rato Teófilo y Marcial hacían una tregua para enjugarse el sudor que les brotaba copioso de la frente, de los brazos, del desnudo y muscu-

loso torso. A veces aprovechaban el descanso para fumar un cigarro de tabaco negro y cambiar entre sí algunas palabras. Luego recomenzaban la tarea.

Hacía ya más de un mes que derribaban talas y guayabos, pitangueros y chalchales, viraróes y coronillas en el monte de la estancia, para luego reducirlos a astillas destinadas a la cocina a leña. Todos los años contratábalos don Gumersindo para realizar aquella tarea, por la cual los recompensaba generosamente, regalándoles además alguna carrada del preciado combustible, para que en sus modestos hogares hubiera una defensa contra el frío invernal.

—¡Cuidado! — gritó de pronto Teófilo, al advertir que el viraró que hacheaba su compañero abatíase sobre los árboles vecinos, produciendo al caer un ruido impresionante.

Pero Marcial, desde el extremo opuesto a aquel en que ocurriera el derrumbe, con los brazos en jarras y soltando una estentórea carcajada, que dejó al descubierto sus blanquísimos dientes, respondió:

—¿Y cuándo viste a un monteador veterano, como yo, ponerse en el lugar donde irá a caer el árbol que está hacheando?

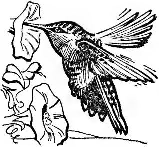
Rióse a su vez Teófilo ante la ocurrencia del compañero, y continuó los golpes sobre el coronilla, en cuyo durísimo cerno parecía rebotar el afilado acero.

El implacable sol de verano, cayendo a plomo desde un alto y despejado cielo azul, parecía calcinar la ardiente tierra. Una nube de tábanos revoloteaba entre sonoros zumbidos por sobre la cabeza de los monteadores, buscando momento y sitio adecuados para el aguijonazo. Pero ellos, habituados al asedio de tan molestos insectos, no se preocupaban lo más mínimo, limitándose a aplastarlos de un manotón no bien sentían en la piel la picadura, quemante como una brasa.

Recién con la penumbra del crepúsculo suspendieron el trabajo. En torno a los dos hombres, un montón de árboles caídos demostraba lo fructífera que había sido aquella larga jornada.

Pocos instantes después el mate amargo, sorbido con avidez, aplacaba la intensa sed de Teófilo y Marcial. Y mientras tanto, el puchero comenzaba a hervir, rezongando sordamente, en la negra olla de hierro.

Luego de la humilde cena, los monteadores se tendieron sobre unos cojinillos y se durmieron con profundo sueño, de cara al cielo —como les gustaba hacerlo siempre que el tiempo era bueno—, contentos porque la jornada cumplida, aunque dura y fatigosa, había sido una de las más proficuas entre cuantas realizaran hasta entonces. Al día siguiente, muy temprano, reemprenderían la faena con nuevas energías. Y, por supuesto, con el tesón de siempre.



E L   P I C A F L O R

La primera vez que vi aquel pajarillo impar quedé maravillado. Llegó zumbando, como un trompo de cambiantes y rútilos colores, hasta el jardín que se extendía en el frente de la estancia, formado por pequeños canteros triangulares, con bordes de ladrillos, y que la propia doña Ramona cultivaba con sus hábiles y hacendosas manos. Las alitas minúsculas, vibrando como hélices, manteníanlo inmóvil en el aire diáfano de aquella hermosa mañana de octubre, mientras el largo pico rojo se hundía en las corolas de las rosas, de los geranios, de los alhelíes. Según incidieran en él los reflejos de la luz solar, su plumaje iba adquiriendo diferentes matices. Por momentos parecía dorado. Luego esa tonalidad se esfumaba para dar paso a un verde intenso, centelleante, que a su vez cedía el turno a un azul no menos luminoso y bello. Grácil, raudo, incansable, iba de una flor a otra con la velocidad de una saeta. A ocasiones se posaba por un brevísimo instante sobre el delgado tallo de una hoja, para beber alguna gota de rocío primaveral que todavía perduraba allí, al amparo de la sombra del follaje. Y era tan leve el peso de su cuerpecillo casi

ingrávido, que apenas se balanceaba el tallo al recibirlo.

Luego que hubo hecho la suficiente provisión de néctar, elevóse en el espacio, giró resplandeciendo en torno mío, cual si quisiera hacerme una nueva demostración de su destreza, y desapareció por último volando en línea recta, tan velozmente como había llegado.

Blanquita, que estaba cortando claveles para los floreros, y que había advertido mi embeleso, se me acercó y me dijo, mientras aspiraba con fruición la fragancia de aquellas flores de pétalos dentados y color rojo oscuro, que olían a canela:

—Es un picaflor. ¿No habías tenido nunca la suerte de admirar su belleza?

—Nunca. Y creo que no ha de existir en el mundo entero otra ave tan hermosa, tan delicada, tan frágil.

—Lo mismo pienso yo. Es un verdadero prodigio de la naturaleza. ¿Y sabes lo que va a hacer ahora?

—No tengo la menor idea. Y supongo que tú tampoco la tendrás.

—Yo sí, para que lo sepas. El picaflor tiene pichoncillos y los va a alimentar, como cuadra a todo buen padre, o a toda buena madre, ya que no sé de

cuál de ellos se trata en este caso. Por eso estuvo tanto rato libando en el jardín. Ahora viene a cumplir igual misión el otro integrante de la pareja. Míralo.

En efecto, un nuevo picaflor repetía, de corola en corola, las proezas acrobáticas que acababa de realizar el primero, acompañándolas de idéntico centellear tornasolado, de idéntico derroche de agilidad y gracia.

—Si me prometes no hacerle ningún daño —prosiguió Blanquita—, te mostraré el nido que el casal, como aquí nadie lo molesta, renueva todas las primaveras en el mismo sitio.

—¿Y cómo puedes pensar que sea capaz de hacérselo? Si el sólo hecho de mirar los picaflores constituye una fiesta incomparable para los ojos. Para mí, desde ahora, esos pajaritos serán algo sagrado.

—Sígueme, entonces, y podrás contemplar un espectáculo que seguramente habra de enternecerte.

Dichas estas palabras, mi pequeña amiga me condujo hasta el galpón. Allí, de una pajita saliente de la quincha, pendía el nido pequeñito, alargado y cilíndrico, que el casal de picaflores tejiera con primor, utilizando para construirlo cerdas de yeguarizos, hierbecillas tiernas y plumas de otros pájaros halladas en el campo.

Asomados al borde de aquella leve vivienda, que la brisa primaveral balanceaba suavemente, dos minúsculos polluelos recibían de la garganta de sus padres la dulce y olorosa ambrosía, digno alimento de quienes, a su debido tiempo, resplandecerían también en el espacio, como joyas vivientes de la Creación, que se diría concebidas por la naturaleza en un alarde artístico.

LOS MACACHINES

Al llegar la primavera, ciertas zonas de los vastos campos que abarcaba la estancia "El Totoral", sobre todo las más bajas —cercanas a la costa del arroyo—, cubríanse casi por entero de pequeñas flores, rosadas o amarillas, según a qué variedad de plantas pertenecieran.

La lozanía, la gracia y el color de aquellas flores, cuya presencia destacábase triunfal por sobre el verde tierno de los pastos nuevos, alegraba los ojos e infundía al espíritu de quien las contemplara una grata sensación de bienestar.

Blanquita y yo solíamos ir expresamente a recogerlas para formar con ellas grandes manojos. Cuando las había de los dos colores, mi amiga entreteníase en combinarlas, dentro de los ramos, a fin de obtener así dibujos llamativos y originales, cosa que lograba siempre, poniendo de manifiesto un buen gusto y un sentido de la armonía realmente extraordinarios, dados sus escasos años. Pero, lamentablemente, aquellas admirables expresiones de su aptitud creadora tenían efímera vida, pues las flores, en extremo delicadas y sensibles, no tardaban en amustiarse al contacto con el calor de nuestras manos.

A ocasiones también, cuando sentíamos sed, nos poníamos a masticar con fruición los tallos blandos, jugosos y de agridulce sabor, que nos astringían la boca, provocándonos en encías y labios un singular cosquilleo.

Hasta que una mañana el bueno de Fausto Ruiz, viéndonos arrancar por centenares aquellas flores silvestres, nos dijo:

—Es una verdadera pena que hagan ustedes lo que están haciendo, muchachos. Esas son las flores de los macachines, que constituyen el más bonito adorno del campo en primavera. Por otra parte, si en lugar de arrancarlas dejan que cumplan ellas su función natural, les prometo para fines del verano una agradable sorpresa.

—¿Qué te parece la propuesta? — pregunté a mi compañera.

—Magnífica —repuso la niña—. Aceptémosla sin vacilar.

—Trato hecho entonces —dijo sonriendo el viejo criollo—. Pero les advierto, eso sí, que deben fijarse muy bien ambos en las plantitas que producen tan vistosas flores, a fin de poder reconocerlas aún después de concluida la época de floración. De lo contrario no conseguirán localizar ninguna cuando yo les

indique, en oportunidad, que ha llegado el momento de descubrir el secreto tesoro que ellas guardan.

Y al hablar de tal modo, Fausto se acarició la barba con aire socarrón y guiñó maliciosamente sus vivaces ojillos.

Picada nuestra curiosidad por las palabras y la actitud del viejo peón, Blanquita y yo observamos largo rato, y con atención minuciosa, aquellas plantas cuyas pequeñas hojas, de un verde claro y tierno, se parecían a las del trébol, aunque eran más redondas y de mucho menores dimensiones.

Transcurrió el tiempo. Nosotros, atraídos por sucesos más nuevos, acabamos por olvidar completamente el episodio. Pero Fausto, en cambio, recordaba muy bien su promesa. Y un domingo de mediados de marzo nos invitó a dar un paseo por el campo, invitación que aceptamos gustosísimos, porque el día estaba espléndido para caminar al aire libre.

—¿Serían capaces de reconocer ahora las plantas de macachín? — inquirió de improviso el bonachón paisano, deteniéndose en medio de una hondonada.

—¡Sí, sí! —afirmó Blanquita, inclinándose decidida para hurgar entre los pastos, que ya insinuaban su amustiamiento otoñal—. ¡Aquí tiene usted una!

Y su ágil índice señaló los tallos finos, que apenas podían sostener ya las hojitas fláccidas y descoloridas.

Entonces Fausto desenvainó su cuchillo y abrió con él un hoyo en torno de la planta. Así pudo extraer entero el blanco macachín, cuya forma se asemejaba a la de la zanahoria, aunque su ápice no era tan agudo.

Repitió la operación aquí y allá, y pronto obtuvo una abundante cosecha.

—Estos frutos más pequeños, que son también los más dulces —nos explicó—, corresponden a las plantas de flor rosada. Y los mayores, a las de flor amarilla. Ahora, a lavarlos bien y a paladearlos despacio, como corresponde, para apreciar su sabor en la debida forma.

Así lo hicimos una vez de regreso. Y la blanquísima pulpa de los macachines ya limpios crujió entre nuestros dientes ávidos. Y el jugo dulce, fresco y abundante, fue para la sed que nos secaba la boca un grato paliativo.

E L   T R E N Z A D O R

—¿Vamos a recorrer el campo? — me invitó Fausto Ruiz luego del desayuno.

—Muchas gracias —respondíle contra mi costumbre—. Prefiero quedarme a ver trabajar a don Ambrosio, que prometió trenzarme un lindo lazo.

—¿Te gusta como trenza?

—Claro que sí. Es un verdadero artista en su oficio.

Y así diciendo me encaminé al galpón, a cuya entrada ya estaba en plena labor el viejo criollo, sentado como de costumbre en un banquito de ceibo.

De tiempo en tiempo aparecía por "El Totoral" y otras estancias vecinas. Todo el paisanaje del pago se hacía lenguas acerca de los primores que realizaba como trenzador.

Era don Ambrosio un viejecito enjuto, de largos dedos huesudos y rostro amojamado, que ocultaban casi por completo las incultas barbas blancas, teñidas de amarillo en torno de la boca por el humo y la nicotina del tabaco.

Su sumario equipaje se reducía a una maleta que llevaba atada a los tientos del recado, y en la que por-

taba una humilde "mudita" de ropa interior, los avíos de fumar, algunas leznas de distintas dimensiones y el par de bigotudas alpargatas que, una vez instalado, habrían de sustituir a las incómodas botas.

Además de admiración por su destreza en el oficio, yo experimentaba hacia el viejo trenzador una viva simpatía, que a medida que lo trataba se iba convirtiendo en afecto.

—Buenos días, don Ambrosio.

—¿Qué tal amiguito? ¿Madrugó, por lo visto?

—No se burle. Si ya el sol está alto. Vengo a conversar con usted y a mirarlo trabajar, como siempre.

Sentado frente al anciano, empecé a intercambiar con él anécdotas y cuentos. Y mientras tanto, mis ojos seguían sin perder detalle los movimientos de aquellas viejas pero aún ágiles manos.

De la lonja de cuero humedecida previamente en agua tibia, a fin de que se ablandara, iba cortando don Ambrosio largos tientos. Para hacerlo empleaba un cuchillo pequeñito pero afiladísimo, que casi desaparecía entre la palma de su diestra. Pese a sus muchos años, no le temblaba el pulso lo más mínimo. Y los tientos iban cayendo a sus pies uno tras otro, todos parejos, con idéntico espesor de extremo a extremo,

cual si en la faena interviniera una máquina, en lugar de la mano y la vista de aquel viejo criollo.

—¿Te gustaría aprender a trenzar lazos? — me preguntó.

—Sí, señor, me gustaría mucho. Pero nunca sería capaz de hacerlo como usted.

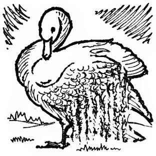
—Es muy sencillo, sin embargo. Sólo se necesita paciencia, tiempo y cuidado — dijo el anciano con su modestia habitual.

En tanto proseguía su trabajo. Cortados los tientos, los fue sobando uno a uno con sus dedos sarmentosos, hasta tornarlos blandos y suaves como seda, tarea que le ocupó el resto de la mañana. Y por la tarde comenzó el trenzado, última y principal etapa del trabajo, utilizando para ello las leznas y una gruesa aguja, destinada a los remates y costuras, tan perfectos unos y otras que a simple vista no se distinguían. Y así, de aquel haz de hebras de cuero, surgió en un par de jornadas más el primoroso lazo que me prometiera el habilidoso trenzador.

En días subsiguientes realizó otros trabajos. Con tientos gruesos y fuertes trenzó dos lazos de doce brazas para Ruperto y Pedro; con otros más delgados, cuatro lacitos cortos de pialar; y con unos tan finos como hilos, un juego de riendas de lujo para don

Gumersindo. Trenzó asimismo cabestros y bozales, con sus correspondientes presillas y botones.

—Tienes razón, muchacho: es un artista —díjome Fausto Ruiz contemplando admirado las primorosas riendas del patrón, luego que se hubo marchado don Ambrosio—. Y creo que en todo el país han de quedar ya muy pocos trenzadores de su categoría.



"P A N C H I T A"

Todos los moradores de la estancia se hacían lenguas de la vivacidad e inteligencia de aquel palmípedo espléndido, que con su cuello flexible, largo y curvo, su prestancia y su albura, nada tenía por cierto que envidiar a los cisnes.

Hija de un casal de gansos de raza fina, que trajera de Europa un amigo de don Gumersindo, habíansela regalado a Blanquita a los cinco o seis días de haber nacido, cuando aún su tierno cuerpecillo estaba envuelto en una suavísima pelusa amarillenta.

Desde muy temprano veíase a la niña andar de aquí para allá con el pequeño palmípedo, ya ofreciéndole la comida en el hueco de su mano, ya arropándolo para que no sintiera frío, ya brindándole como tibio refugio un bolsillo de su saco de lana.

Se sucedieron los días, las semanas, los meses. Y con su transcurso fue creciendo "Panchita", que así se llamaba el ave. A la sedeña pelusilla inicial reemplazóla un plumaje de impoluta blancura, tan delicado y terso como aquélla. Y el gracioso "crí-crí-crí" con que mimoseaba la gansita entre las manos de su dueña trocóse en un "cuá-cuá-cuá" de tono grave y áspero, aunque no por eso menos expresivo.

Cuando "Panchita" alcanzó su edad adulta, medía alrededor de sesenta centímetros desde la cola al pico; y si erguía el gallardo cuello, sobrepasaba holgadamente dicha dimensión. A ambos flancos habíanle crecido unas hermosas plumas níveas, que pendían a manera de rulos o de espirales, imprimiendo a su airosa figura una elegancia todavía mayor.

Fausto Ruiz le construyó una espaciosa pileta de porland, de forma rectangular, donde ella gustaba ir a saborear las hojas de lechuga que le daba su dueña, o simplemente a solazarse nadando y zambullendo a sus anchas.

El resto del día se lo pasaba siguiendo los movimientos de Blanquita. Si ésta se sentaba a descansar o a leer, echábase a su lado y permanecía allí durante largo tiempo, picoteándole de tanto en tanto los pies como para enterarla de que le estaba haciendo compañía. Y si la veía correr lanzábase detrás suyo con las alas abiertas, simulando gozosamente una persecución.

Para demostrarnos la inteligencia del ave, la niña nos hacía buscar un escondite en diferentes sitios a los peones y a mí, y luego se ocultaba ella también. Entonces, desde nuestros respectivos apostaderos, todos los participantes del juego nos poníamos a llamarla al unísono: "¡Panchita!", "Panchita!" Y el vivaz palmípedo, sin titubear un segundo, encaminábase

hacia el lugar de donde procedía la voz de su dueña, haciendo caso omiso de los demás llamados.

Otras veces mi amiga alzaba en sus brazos a la "Rorra" —una simpatiquísima gatita barcina que era su otra preferida—, y se ponía a acariciarla prodigándole cariñosos epítetos. Y eso bastaba para que el ave se pusiera de inmediato a exteriorizar, con gritos estridentes y desaforados, los incontenibles celos que semejante actitud le producía.

Llegó la primavera y "Panchita" empezó a ponerse misteriosa. Desaparecía por largas horas de la casa, para ir a internarse entre unos carquejales que bordeaban la chacra. Si alguien intentaba seguirla, volvía sobre sus pasos gritando enfurecida, con las alas abiertas y la lengua fuera del pico, cuyos bordes se iban tornando de un color ligeramente violáceo, que se acentuaba día a día. Y por momentos poníase a rezongar en sordina, al igual que esas personas que acostumbran a hablar consigo mismas.

Hasta que una mañana se develó el misterio. Picoteándole la orla del vestido para que la siguiera, "Panchita" condujo a su dueña hacia el refugio donde, con pastos secos y plumas sacadas de su propio cuerpo, había hecho un enorme nido. En el centro de éste blanqueaba el primer huevo, caliente todavía, y que ella parecía empeñada en obsequiar a la gozosa niña.



E L P A J A R E R O

A juzgar por la blancura de sus barbas y de sus ralos cabellos, así como por la red de hondas arrugas que le bordaba el rostro cenceño, don Lindoro Cabral aparentaba ser un septuagenario. Pero por su carácter juguetón, alegre y optimista, seguía teniendo veinte años.

Todos los otoños se presentaba en la estancia, provisto de sus trampas y de su "pega-pega", a solicitarle a don Gumersindo el correspondiente permiso para cazar en los campos y montes del establecimiento.

Conocedor profundo de su oficio, sabíase al dedillo las costumbres de las aves que le interesaban y los distintos sitios en que habría de encontrarlas. Y prefería el otoño para desarrollar su actividad, por ser aquella la época del año en que los pájaros, criados e independizados ya sus hijos, abandonaban los nidos para reunirse en bandadas y salir así a la búsqueda de los alimentos predilectos.

A los jilgueros y dorados, por ejemplo, atrapábalos al amanecer, engomando el hilo superior de los alambrados en cuyas cercanías hubiera albardones de mastuerzo, planta que los atraía con sus pequeñas semillas ablandadas por el rocío matinal. A los car-

denales los apresaba en los rastrojos de la chacra, a donde iban en procura de los granos perdidos del maíz o el trigo. Y para los zorzales y las calandrias armaba sus "aripucas" de cañas en las caminos húmedos y sombríos del monte, que aquellos pájaros acostumbraban a recorrer, picoteando el fofo humus bajo el cual escondíanse las lombrices y los escarabajos. Algunas veces se internaba también en lugares enmarañadísimos, sobre las barrancas mismas del arroyo, cortando con su machete las ramas de cipó o de ñapindá que le cerraban el paso, y tras larguísimas y pacientes esperas conseguía dar caza a algún arisco boyero, ave muy codiciada a causa de su escasez y de su incomparable silbo, semejante al arpegio de una flauta.

Con sólo examinarle el pico, las patas y las plumas, sabía si un pájaro era viejo o joven, hembra o macho, y en consecuencia, si valía la pena conservarlo o resultaba preferible dejarlo en libertad.

Dicharachero y simpático, hábil narrador de cuentos en las ruedas de fogón, como buen criollo que era, don Lindoro habíase granjeado el afecto de todos los moradores de "El Totoral", que se deleitaban escuchando sus floridos y pintorescos relatos.

Había alguien, sin embargo, que discrepaba con él en lo tocante a su oficio. Era Blanquita, cuyo corazón sensible, tierno y nobilísimo, se rebelaba ante la

idea de que se aprisionara en jaulas a los pájaros, sólo por el deseo egoísta de oirlos cantar o de admirar la belleza de su plumaje.

—Don Lindoro no es bueno —solía decirme a menudo—, pues si lo fuera se dedicaría a otro trabajo y dejaría a los pobres pajaritos vivir en libertad. ¿No le dará pena ver qué tristes se ponen cuando están enjaulados?

Y cierto día ocurrió lo que yo venía esperando desde tiempo atrás. Los amplios jaulones en que el pajarero había encerrado sus zorzales de acanelado abdomen, sus jilgueros de renegrida cabecita, sus relucientes cardenales azules, y hasta un federal en cuyo encendido pecho ponía la luz solar destellos de rubí, aparecieron vacíos y con las puertas abiertas de par en par.

El capataz Umpiérrez se puso furioso al saber que había sido su hija la autora de aquella travesura.

—Has procedido muy mal —le reprochó—. ¿Ignoras que don Lindoro es muy pobre, y que vende los pájaros que caza para adquirir el sustento de su familia con el dinero obtenido?

Al oir aquellas palabras, Blanquita corrió en busca de la alcancía donde guardaba las monedas que le daban los mayores, destinándolas al vestido que pensaba comprarle al turco Alí, el mercachifle, y se la

ofreció al pajarero, que conmovido hasta lo más íntimo de su corazón por aquel gesto espontáneo, alzó a la niña en sus brazos y le besó la frente con ternura.

Seguramente que don Lindoro prosiguió cazando pájaros, pues era ya muy viejo para cambiar de oficio. Pero en "El Totoral" no volvió a hacerlo jamás.

VOCABULARIO

Introducción.	**Otazo.** - Arroyo del Depto. de Treinta y y Tres, afluente del "Parao".
La yerra.	**Yerra.** - Hierra. Marcación y señalamiento del ganado.
" "	**Chúcaro.** - El animal arisco y bravío.
" "	**Pialador.** - Hombre diestro en el uso del lazo corto, con el cual aprisiona los remos delanteros de las reses.
" "	**Ducho.** - Hábil, experimentado.
El tordo.	**Subrepticiamente.** - Con disimulo, a escondidas.
" "	**Aberración.** - Anormalidad, error.
" "	**Félido.** - Felino. De la especie zoológica del gato, el tigre, etc.
" "	**Desleído.** - Pálido, apagado.
" "	**Onomatopéyico.** - De onomatopeya. Nombre que imita las voces o sonidos de aquello que denomina.
El pitanguero.	**Específico.** - Lo que caracteriza o une especie y la diferencia de otras.
" "	**Corimbo.** - Grupo de flores o frutas que penden de un mismo tallo, formando racimos.
" "	**Oblongo.** - Más largo que ancho.
" "	**Estambre.** - Organo masculino de la flor.
" "	**Pistilo.** - Organo femenino de la flor.
La nutria.	**Hirsuto.** - Erizado, áspero.
" "	**Fruición.** - Gozo, complacencia.
" "	**Romo.** - Todo objeto sin punta.
El boyero.	**Quena.** - Flauta indígena hecha de caña o hueso.

El boyero.	**"Barba de palo".** - Vegetación parásita del blanquillo y otros árboles, con forma de hilos grisáceos.
Los alambradores.	**Cerno.** - La parte central y más dura del tronco de los árboles.
" "	**Berbiquí.** - Taladro de agujerear madera
" "	**Enhiesto.** - Erguido, levantado.
El ratón colorado.	**"Aguacil".** - Especie de libélula.
" " "	**Ñapindá.** - Planta rastrera, de duras espinas curvas. Nuestros paisanos le llaman también "uña de gato".
" " "	**Ríspido.** - Duro, hostil.
" " "	**Mondo.** - Pelado, limpio.
" " "	**Ventear.** - Olfatear el aire, husmear.
El plumerillo rojo.	**Corola.** - Parte principal de la flor.
" " "	**Parangón.** - Comparación, cotejo.
" " "	**Estructura.** - Hechura. Forma de construcción de un cuerpo.
El mercachifle.	**Abalorio.** - Objeto vistoso pero de poco valor.
" "	**Amalgama.** - Mezcla de cosas distintas.
" "	**Abigarrado.** - Lo que se agrupa sin orden ni uniformidad.
" "	**Socarronería.** - Manera astuta y disimulada de hablar o actuar.
La ratonera.	**Acústica.** - Lo referente al sonido y a su proyección.
" "	**Intersticio.** - Hueco o grieta pequeña.
" "	**Desvaído.** - Desvanecido, apagado.
El espinillo.	**Vernal.** - Primaveral.
" "	**Achaparrado.** - Bajo y de anchura excesiva. Se aplica por lo general a los árboles.
" "	**Encanijado.** - Débil, enfermizo.
" "	**Diadema.** - Corona real. Faja luminosa que rodea la frente de las imágenes.
El gato montés.	**Latrocinio.** - Hurto.

El gato montés.	**"Mao pelada"** (Mano Pelada). - Llámase así en nuestra campaña al osito lavador.
" " "	**Sagaz.** - Astuto, de aguda percepción.
" " "	**Cenit.** - Punto central del firmamento.
El arrayán.	**Hidrófilo.** - Aficionado al agua.
" "	**Embalsamar.** - Perfumar. (Tiene otras acepciones).
" "	**Efluvio.** - Emanación fragante.
" "	**Lanceolado.** - Que tiene forma de punta de lanza.
La lechuza.	**Estridor.** - Sonido chirriante.
" "	**Elitros.** - Membranas córneas (dos) que cubren las alas de los coleópteros y producen vibraciones sonoras cuando éstos las agitan.
" "	**Aprensivo.** - El que experimenta miedos o recelos infundados.
La siembra.	**Coyunda.** - Correa con que se sujeta los bueyes al yugo.
" "	**Yugo.** - Pieza de madera a la que los bueyes van uncidos por el testuz.
" "	**Mancera.** (Esteva). - Pieza curva del arado en la que se apoya el labriego.
" "	**Gleba.** - Tierra cultivable. Heredad labrantía.
" "	**Amelgar.** - Dividir en partes iguales la tierra arada para luego sembrarla.
El tucutuco.	**Intermitente.** - Con interrupciones. En forma discontinua.
" "	**Oblicuo.** - Sesgado, inclinado.
" "	**Cercenar.** - Cortar a cercén (a ras).
La esquila.	**Ascendencia.** - Generación o generaciones de las que se desciende.
" "	**Carona.** - Pieza del apero de ensillar.
" "	**Vellón.** - El conjunto de lana quitada a cada oveja al esquilarla.
" "	**Rimero.** - Conjunto de objetos superpuestos.

El quinchador.	**Taciturno.** - Silencioso, ensimismado, melancólico.
" "	**Lapso.** - Fracción de tiempo.
" "	**Equidistante.** - A igual distancia.
" "	**Cazurro.** - Parco, reconcentrado.
El lagarto.	**Vulnerable.** - Que puede ser dañado material o moralmente.
" "	**Tuno.** - Tunante, pícaro.
" "	**Acopio.** - Aprovisionamiento.
La cigüeña.	**A horcajadas.** - Con una pierna a cada lado del equino que se monta.
" "	**Pachorriento.** - El que actúa con lentitud, sin apuro.
" "	**Reptar.** - Caminar rozando el suelo con el vientre, como los reptiles.
" "	**Dubitativo.** - Que duda, que se resiste a creer.
Las luciérnagas.	**Tácito.** - Lo que no se dice pero se supone o infiere.
" "	**Geranio.** - Planta de flor vistosa y atractiva.
" "	**Al unísono.** - A la vez y en igual tono.
" "	**Fosforescente** (de fósforo). - Que brilla en la oscuridad.
Los quesos caseros.	**Cribado** (de criba). - Con muchos agujeros, como por ejemplo el harnero o el colador.
" " "	**Trasegar.** - Trasladar de un recipiente a otro.
" " "	**Deshidratar.** - Quitar a algún cuerpo el agua que contiene.
" " "	**En ciernes.** - Dícese de lo que está en sus comienzos.
La dulcera.	**Trashoguero** (o trasfoguero). - Tizón principal del fuego.
" "	**Cocción.** - Acción y efecto de cocer (cocinar) los alimentos.

La dulcera.	**Báscula.** - Balanza grande.
" "	**Ebullición.** - Hervor de los líquidos puestos al fuego.
" "	**Translúcido.** - El cuerpo a cuyo través pasa la luz, pero que no es transparente por completo.
El camoatí.	**Grumo.** - En este caso significa racimo. Tiene otras acepciones.
" "	**Grácil.** - Sutil, delgado, leve.
" "	**Transversal.** - La línea que atraviesa o cruza otra.
" "	**Viscoso.** - Pegajoso, adhesivo.
" "	**Alvéolos.** - Las celdillas o cavidades del panal.
Las margaritas rojas.	**Fúlgido.** - Lo que resplandece o brilla intensamente.
" " "	**Insertar.** - Introducir una cosa en otra.
La creciente.	**Hozar.** - Remover algo con el hocico.
" "	**Yacija.** - Lecho o sitio donde se duerme.
" "	**Vaticinio.** - Pronóstico. Anuncio de algún suceso.
" "	**Ocarina.** - Instrumento musical.
" "	**Címbalo.** - Idem.
" "	**Bronco.** - El sonido rudo, áspero, desapacible.
" "	**Inaudible.** - Que no se oye.
" "	**Presteza.** - Rapidez.
El acordeonista.	**Bichoco.** - El caballo que por vejez o enfermedad tiene las patas gruesas y nudosas.
" "	**Bilingüe.** - Que habla en dos idiomas.
" "	**Rapaz.** - Muchacho. Tiene también otras acepciones.
El narrador.	**Asaz.** - Bastante, suficiente.
" "	**Graficismo.** - Dícese de la expresión verbal que hace ver lo que se describe como si estuviera impreso.
" "	**Patético.** - Que conmueve hondamente.

El narrador.	**Hilarante.** - Que hace reir.
El azulejo.	**Glauco.** - Verde claro.
" "	**Arrumacos.** - Actitudes demostrativas de cariño.
" "	**Cabal.** - Sin fallas. Perfecto.
El chalchal.	**Indemnizar.** - Compensar con otra la falta de alguna cosa.
" "	**Baya.** - Nombre que se da a ciertos frutos.
" "	**Aborigen.** - Originario de un lugar determinado.
" "	**"Guitarrero".** - Insecto que debe su nombre popular al ruido que produce con sus élitros cuando se le apresa.
" "	**Astringente.** - Estreñido, apretado.
La viudita.	**Grosella.** - Fruta de color rojo parecida a la uva. (También las hay blancas). El arbusto que las produce.
" "	**Monocorde.** - De monocordio, antiguo instrumento musical griego de una sola cuerda.
El frutero.	**Destartalado.** - Descompuesto, flojo, averiado.
" "	**Pregustar.** - Gustar con anticipación, imaginariamente.
" "	**Sucoso.** - Jugoso. Aplícase a las frutas.
Los ordeñadores.	**Succionar.** - Chupar algo para extraer su contenido.
" "	**Fláccido.** - Flojo, sin consistencia.
El burucuyá.	**Embrión.** - Germen, rudimento, comienzo de formación de un cuerpo organizado.
" "	**Antera.** - Parte del estambre que contiene el polen.
" "	**Pedúnculo.** - El pie o talle que sostiene la flor.
" "	**Charamusca.** - Ramazón liviana y seca que sirve para encender el fuego.
" "	**Digitilobado.** - Con forma de dedos.
" "	**Larva.** - El insecto recién nacido.
Los monteadores.	**Torso.** - El tronco del cuerpo humano.

Los monteadores.	**En jarras.** - Con las manos apoyadas en la cintura y los brazos semejando asas.
" "	**Proficuo.** - Provechoso.
El picaflor.	**Diáfano.** - Transparente.
" "	**Ingrávido.** - Sin peso.
" "	**Ambrosía.** - Néctar de las flores. Tiene otras acepciones.
Los macachines.	**Efímero.** - Pasajero, fugaz, de corta duración.
" "	**Apice.** - La punta de un objeto.
" "	**Paliativo.** - Lo que mitiga o atenúa dolencias o necesidades.
El trenzador.	**Enjuto.** - Muy delgado. De pocas carnes.
" "	**Amojamado.** - Seco como la mojama o charque.
" "	**Cabestro.** - Soga con una presilla en el extremo, que se ata a la argolla del bozal para conducir un equino.
" "	**Bozal.** - Aparejo de cuero que rodea el cuello, frente y hocico de las cabalgaduras.
"Panchita".	**Palmípedo.** - El ave que tiene los dedos de las patas unidos por una membrana, lo que le permite nadar.
"	**Impoluto.** - Sin manchas, limpio, purísimo.
"	**Solazarse.** - Recrearse, disfrutar de algo placentero.
"	**Epíteto.** - El adjetivo que se agrega al sustantivo para calificarlo.
El pajarero.	**Cenceño.** - Delgado.
" "	**Rastrojo.** - Residuo que queda en las chacras luego de recogidas las cosechas.
" "	**Fofo.** - Blando, sin consistencia.
" "	**Humus.** - Capa muy fértil que cubre el suelo de los bosques, constituída por sustancias orgánicas en descomposición.
" "	**Arpagio.** - La sucesión de sonidos de un acorde musical.

INDICE

Págs.

Este libro se terminó de
imprimir en los
Talleres Gráficos de
MOSCA HNOS. S. A.
el día 28 de setiembre de 1970
Montevideo - Uruguay

Portada e ilustraciones de
Eduardo Peña

COMISION DEL PAPEL
EDICION IMPRESA AL
AMPARO DEL ART. 79
DE LA LEY 13349

MOSCA HNOS. S. A.
EDITORES

Precio de venta al público $ 214.00
Sujeto a modificación de acuerdo a la
Ley Nº 13720 del 16-XII-68
(COPRIN)